



SE HA PERDIDO *uma* MILLONARIA

WASH 8000 100 800
WASH 800 8000
WASH 100
100

WASH 800 100 800 8000
WASH 800 8000
WASH 100
100

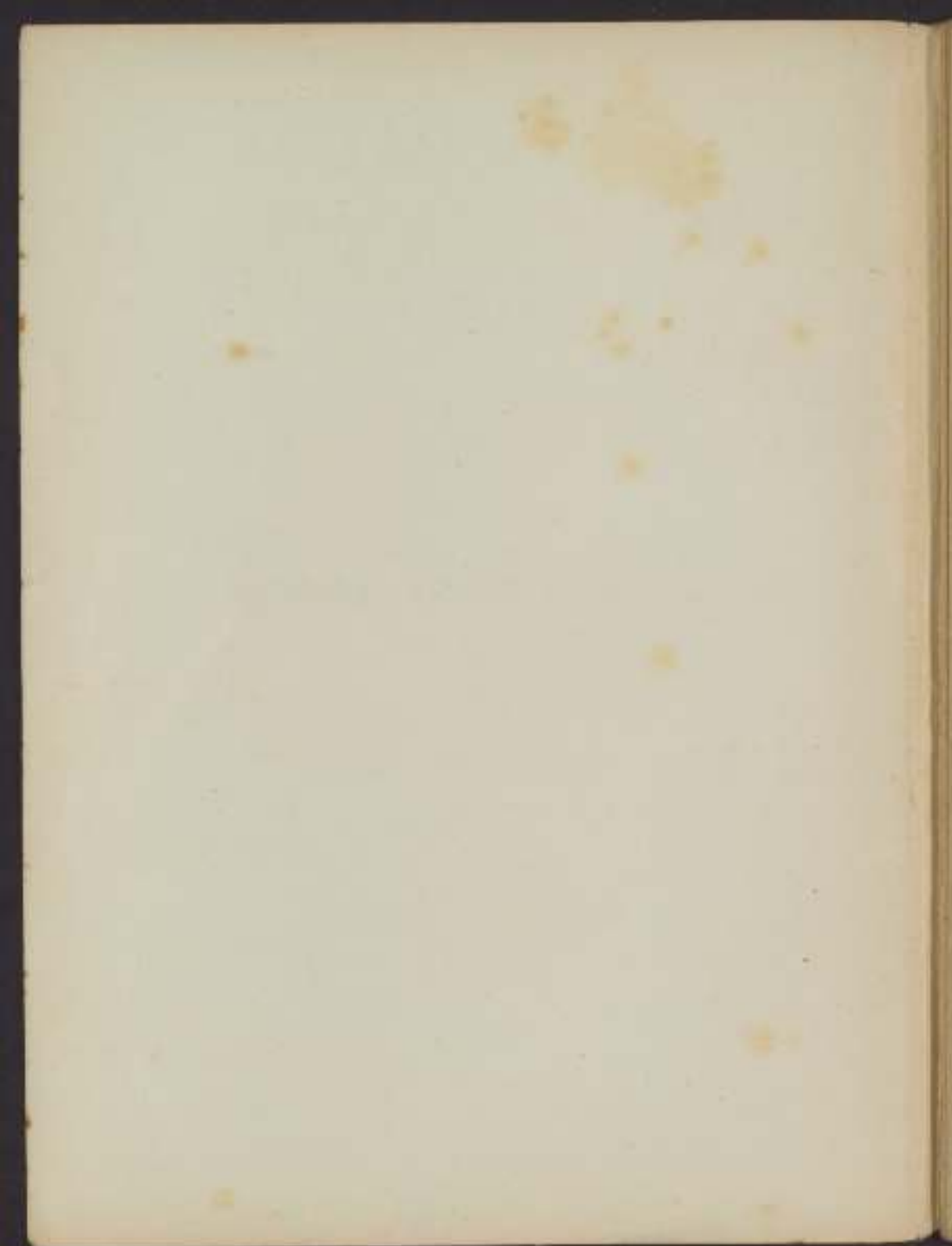
WASH 8000
WASH 800
WASH 100
100



Fredric
MARCH

Virginia
BRUCE





SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

Se ha perdido una millonaria

Divertida y graciosa comedia cinematográfica

Dirigida por
NORMAN Z. MACLEOD

Presentada por
HAL ROACH

Producción
UNITED ARTISTS

Distribuida por
SELECCIONES CAPITOLIO
(S. Huguet, S. A.)

Provenza, 292 -- Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

FREDRIC MARCH

VIRGINIA BRUCE

Patsy Kelly

Alan Mowbray

Nancy Carroll

Eugene Palette

Etienne Girardot

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll & Valencia, 197 & Barcelona

Se ha perdido una millonaria

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO PRIMERO

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

En el plácido escenario de la Costa Azul, sobre el tranquilo mar de un azul purísimo, amará un hidroavión describiendo una graciosa curva, que le colocó detrás de la popa del yate del multimillonario norteamericano señor Butterfield.

Y como si hubiera sido la señal de desencadenar el huracán de su ira, el propio señor Butterfield, un anciano alto, delgado, con gafas y aspecto autocrático, penetró en el camarote de su nieta Joan, que se cepillaba su rubia cabellera sentada ante el tocador. Tras de despedir a la doncella, el caballero se aproximó a Joan y le gritó más que dijo:

—Bien, pollita. Ya va siendo hora de que alguien te llame desagradecida y mal educada—y después de este amenazador exordio, aulló—: ¡Se acabaron estas ridículas escapatorias, huyendo de mi lado en cuanto vuelvo la espalda!

Joan, sin dejar de cepillarse el pelo, sin molestarle en mirarle, le contestó tan agresiva como él mismo:

—¿Y por qué no me dejas en libertad? ¿No te das cuenta de que voy buscando la oportunidad de vivir... mi propia... hacer mi voluntad... ir a donde se me antoje como cualquier persona normal?

—¡Pero si tú no eres una persona normal! Eres una excepción

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

entre las muchachas más ricas del mundo... el blanco predilecto de todo aventurero, de todo cazadotes... ¡Ah! La verdad, no te comprendo. ¿No hay forma de que seas feliz? ¡Lo estoy haciendo todo por ti!

—Eso es, que tú lo haces todo por mí y yo quiero hacer algo por mi cuenta, cumplir mi misión en este mundo... Conducir un camión, hacer títeres, cualquier cosa menos seguir ociosa... ¡Lo que yo quiero es un poco de libertad y la tendré pese a todo!

La discusión había llegado al punto que es posible calificar de "al rojo vivo". El anciano crispaba las manos; Joan, abandonando el cepillo, se le había encarado, de manera que les separaban escasos centímetros, que, es fácil suponer, eran... demasiada distancia para el gusto de ambos contrincantes.

El señor Butterfield se obligó a cambiar de tono y a pasar de las recriminaciones al capítulo de las recomendaciones. Pero su resultado fué nulo, porque su voz detonó hostil, como hasta entonces:

—Escucha, caprichosa. Eres como todas las muchachas que tienen dinero, ¡En cuanto creéis un palmo os figuráis que sabéis más que Lepi! ¡Si no hubiera sido por

mí, sabe Dios lo que serías a estas horas!

—Pero, ¿no ves que me tienes como prisionera? ¡Te agradecería con toda mi alma que no olvidases que ya no soy una niña y que estamos viviendo en el siglo veinte!

Esta última advertencia promovió otro ataque de ira. Afortunadamente el tono de la conversación varió, aunque no por completo, al llamar a la puerta dos hombres. Uno de ellos era Hinckley, secretario del millonario, mártir por amor a su sueldo y un poco por amor a su tirano. Su figura diminuta resultaba absorbida por la de un hombretón vestido de marino. Era el capitán del barco. El primero, o sea Hinckley, carraspeó y anunció:

—El hidroplano acaba de atracar, señor.

—Está bien, el hidroplano acaba de atracar...—repitió el abuelo de Joan, distraído, y se volvió hacia su nieta:—Escucha, niña, me llaman de Londres para resolver unos asuntos y durante mi ausencia no quiero que hagas nada que pueda mortificarme.

—¡Oh, abuelito, llévame contigo!—suplicó Joan.—No te estorbaré y además tengo que comprar muchas cosas.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Sabea perfectamente que no te permitiré zancajear sola por Londres. Te quedarás en el barco hasta que yo vuelva. Si precisas hacer compra, puedes darme una lista. Hinckley te lo comprará todo.

La sonrisa afable del secretario se borró al ver el gesto de espanto de Joan que, además, protestó:

—¡Qué horror!... Gracias, no te molestes.

—¡Perfectamente! Pero dime que serás buena chica durante mi ausencia. Tuyo es el barco. Haz lo que quieras. Haz un crucero. Veto a Niza o a donde quieras, pero prométeme que no abandonarás el barco.

Joan se mordió contrariada los labios. Pero, de pronto, sus ojos destellaron de contento y preguntó con el acento de una colegiala traviesa que planea una fechoría:

—¿Y si se hunde?

—¡Tú con él!—determinó el anciano, pero dándose cuenta de la barbaridad, titubeó—: Claro es que en caso de apuro... ¿Palabra de honor?

Joan inclinó la cabeza afirmativamente. Sin embargo, ya que su abuelo no podía ver sus manos, colocadas en su espalda, hizo un gesto, es decir, montó los dedos corviales sobre los índices, indicando claramente que se reservaba el de-

recho de hacer salvedades mentales.

El señor Butterfield, en realidad, era un buenazo, al que las continuas travesuras de su nieta le tenían con el alma en un hilo. Ahora bien, en vista de la sumisión de Joan, el anciano se apaciguó y reiteró al capitán del barco que obedeciese a la joven en todo, siempre y cuando "no fuera abandonar el barco". Y entonces, el multimillonario, muy satisfecho, gruñó a Hinckley:

—¿Qué quiere usted?

—El hidroplano, que atracó hace rato, señor.

—¿Y por qué no me lo dijo, hombre de Dios?

Minutos más tarde, Joan despedía al hidroplano, agitando su mano, en la cubierta del yate. Así que se hubo perdido el avión en el espacio, la joven se volvió hacia el capitán que la acompañaba y le ordenó que hiciera rumbo a Nueva York. El marino casi dió un salto y murmuró:

—Usted perdone, señorita Joan. ¿Rumbo a Nueva York?

—Sí, Nueva York—deletreó ella cuidadosamente—. No tiene pérdida. Está ahí enfrente.

—Pero, señorita Butterfield, su abuelo se disgustará. ¡Tendremos que cruzar el Atlántico!

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—¡Claro, Cristóbal Colón! ¡En marcha!

Como la energía de Joan era atemoradora en todos los momentos de su vida, el capitán scató sus órdenes, aunque apenas hubieron zarpado expidió un telegrama al señor Butterfield comunicándole la nueva hazaña de Joan. Este telegrama sorprendió al abuelo en un club londinense y le obligó a exhalar un alarido, a continuación del cual manifestó que *aquello* era piratería, insubordinación y una multitud de cosas más. Y gritó a Hancley, que temblaba como un azogado:

—¡Averigüe usted el castigo que impone la ley a las jóvenes que roban barcos!

—Pero olvida usted una cosa, se-

ñor. Que el barco es de ella—objétóle Hincley—. Al fin y al cabo, señor Butterfield, no debemos olvidar que la señorita Joan no va en pañales.

—No creo yo que ésa sea razón para que haga siempre su santa voluntad, como si yo fuese un monigote. Saque pasaje para el primer vapor rápido que se haga a la mar. Que sea uno que no vaya a perderse en la niebla. ¡Y dígales que tenemos prisa!

El atormentado y minúsculo Hincley, traído y llevado por aquellas órdenes categóricas, no pudo menos de pensar que ya sabía de quién había heredado Joan su voluntarioso y estupendo carácter, que la señalaba entre mil muchachas...

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

En el lavabo de la redacción del importante periódico X... el repórter Bill Spencer se había puesto en manos de su fotógrafo Flash, quien, en sus momentos de ocio, era sastre. Y aquel debía ser uno de ellos, puesto que sobre Bill se formaba un traje, sin duda en su primera prueba. Unicamente la noble apostura y el hermoso rostro de Bill impedían que su aspecto fuera grotesco.

Flash abandonó su trabajo para contestar a una llamada telefónica. Descolgó, pues, el aparato y dijo:

—¿Bill Spencer? Un momento... Oye, Bill, el director quiere hablar contigo.

Bill, indignado por el peligro que corría su futuro vestido al cambiar de posición, agarró el aparato y contestó irreverentemente:

—¿Qué tripa se te ha roto?

Stevens, el director, era hombre que gozaba del prestigio de un sueldo fabuloso y de ciento veinte kilogramos de peso. Por consiguiente, no vaciló en mandar a su atrevido redactor:

—¿Dónde estás ahora?... Bueno, pues suétilo y ven inmediatamente.

—En seguida, preciosidad—acató Bill.

Y obedeciendo literalmente a la orden de Stevens, dejó caer el teléfono, tras del nuevo infundio que era el piropo. Se ignora si la indumentaria de Bill causó sensación en la redacción. Lo único positivo es que cuando compareció en el despacho del director, éste, desorbitando los ojos y refiriéndose a la armazón del traje, exclamó:

—¿Donesa manera de entrar en mi despacho!

—Lo haré como más te guste. ¿Qué tal así?—preguntó Bill, yendo desde la puerta al escritorio con un paso de baile de su invención.

—¿Por qué no te exhibes en un circo?—gruñó Stevens.

—¿Exhibirme yo?—protestó Bill con dignidad—. ¿Qué disparate! Tú primero en "La mariposa de mil colores". Además, ¿qué ibas a hacer tú solo?

La indisciplina de Bill y la alu-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

sión a su propia obesidad no complacieron al director, que repuso:

—¡Basta de eufueltas! Vas a encargarte ahora de la Butterfield.

—¿En serio? Cualquiera se equivoca alguna vez, pero tú lo haces siempre — se compadeció Bill—. Esa niña es idiota y todo el mundo lo sabe. Se ha hablado de ella en todos los aspectos. Ni su caricatura tendría ya interés.

El disgusto de Bill encantó a Stevens, quien se apresuró a decir, encabezando su diatriba con el epíteto que más molestaba al redactor por aludir a su perfección física:

—Bello sabibondo, soy yo quien dirige el periódico y seré yo quien decida qué noticia es de interés y cómo conviene que la publique el periódico... Ahora se trata de que un pajarito acaba de susurrarme que la señorita Butterfield llega en su yate mañana por la mañana y eso es interesante.

—¿Sabes cuál debiera ser el lema de este periódico? — Inquirió Bill—. ¡"Aquí no hay noticia que no sea una pifia"! Estos días has debido de estar en el Limbo, cuando no sabes que toda la prensa se ha ocupado ya de esa Butterfield. A mi entender como noticia es completamente nula.

—¡Pero si esa chica se le ha es-

capado a su abuelo, Cyrus Good-year Butterfield!

—Todo el país y yo estamos enterados de ello—le desencantó Bill—. Además, ¿qué interés tiene para el público que una chica se le escape a su abuelo? El mundo está lleno de muchachas que se han escapado de los abuelos. ¡Será interesante para ellos!

Pero el director no dió su brazo a torcer y le halagó:

—Escucha, esto es lo más sensacional de la semana. Necesito que se encargue de ello alguien de confianza.

Bill empezó a ceder y abandonó su tono humorísticamente agresivo.

—Bueno, ¿quién abona los gastos?

—Se te abonarán todos en absoluto, siempre y cuando los justifiques debidamente.

—¿Qué tramazarás cuando tanto ofreces?—murmuró Bill—. ¿Tiene la interesada alguna marca que me permita identificarla cuando la vea?

Stevens abrió un cajón de su escritorio y le tendió una cartulina.

—Esta es la única fotografía que existe de Joan Butterfield.

Ni su tono dramático logró evitar la risotada de Bill. Porque la fotografía era la de una niña; lo único que se veía de ella eran unas

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

piernas largas; el resto de su rostro lo ocultaba el toldo de un balancín.

—¡Maravillosa! Con ella la reconoceré al vuelo. Tiene cara de alfombra persa.

Stevens no se apabulló e hizo caso omiso del comentario.

—Bueno, ya está todo listo para que tú y tu fotógrafo Flash marches en el bote del práctico que sale del muelle 16... a las cuatro en punto.

Bill anotó estos datos en el dorso de la fotografía. Al escuchar la reticencia con que había pronunciado la hora, levantó la cabeza y puntualizó con siniestra seguridad:

—¿De la madrugada?

—De la madrugada — le respondió Stevens triunfalmente.

... ..
A las cuatro de la mañana, sobre un mar gris, los dos periodistas estaban acurrucados bajo unas lonas, tiritando de frío y trazando risueños cuadros en su imaginación, tales como su cama, café caliente y un buen desayuno. Bill adivinó los pensamientos de Flash y le prometió:

—Ya me encargaré yo de que tengas tu taza de café. No te preocupes, Flash, sigue a mi lado y desayunarás conmigo y con la señorita Butterfield.

Flash le bendijo con los ojos y ya no despegaron los labios hasta que la lancha del práctico abordó el yate de Joan. Al final de la escalerilla del barco estaba el capitán que, después de saludar al piloto a quien acompañaban, se dirigió a ellos muy cortésmente, diciéndoles:

—Lo siento, señores. Tendré que suplicarles que abandonen el barco.

—Bien, capitán... Del Gobierno — contestó Bill, volviéndose la solapa de la americana.

—¿Qué es eso que me enseña? — dijo el capitán, que no había visto nada.

—Debe ser una mancha — confesó el periodista, echando a andar por la cubierta.

El capitán, no obstante, no era hombre de mucha paciencia ni humorista y le detuvo repitiendo con fuerza creciente que se marcharan. Cuando Bill comprendió que su expulsión era inminente, hizo una señal a Flash, el cual se escabulló. El capitán quiso precipitarse en su persecución y Bill huyó por el lado opuesto.

Flash, en su alocada fuga, ocultóse detrás de una puerta y en cuanto hubo pasado el capitán, salió de su escondite mirando perplejo en todas las direcciones. Pre-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

cisamente estaba de espaldas y caminaba hacia la escala, cuando llegó Joan preparada para marcharse. Resonaron las pisadas del capitán, y la joven y el fotógrafo, sucesivamente, se escondieron detrás de un sillón hasta que hubo pasado el peligro. Cuando se incorporaron se observaron estupefactos y emitieron, a unísono, la misma pregunta:

—¿Por qué se esconde usted?

—Quiero sacar unas fotografías de la Butterfield. ¿La conoce?

—Pues... ¡Ah, sí! Soy... soy su doncella.

Flash vio el cielo abierto. Apareció la doncella de Joan, cargada con unas maletas, y su señora la empujó hacia el fotógrafo, a quien presentó con su nombre, escabulléndose a renglón seguido. Flash irradiaba gloria por todos sus poros y se acercó a la doncella, suplicándole:

—¿Querría, señorita Butterfield, querria ponerse ahí detrás? Así, ¡magnífico!

En un decir Jesús su máquina funcionó una docena de veces, hasta que les interrumpió Bill, quien había dado la vuelta a toda la cubierta. Flash los presentó y Bill, sin perder un segundo, espetó a la aturdida sirvienta:

—Quiero hacerle unas preguntas muy de prisa. Primero, ¿por

qué huyo de su abuelo y a qué vino a Nueva York?

—A ver a mi tío Iturriberribarribenrochen.

Comprendió al momento que había errado la presa y se encaró con el desesperado Flash gritándole:

—¿Cómo has podido confundir la con la señorita Butterfield?

—Pues porque la otra joven me lo dijo.

—¿Qué otra joven?... ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?

Sin más, ya que había adivinado el engaño, Bill se precipitó hacia la escala. La lancha del práctico era puesta en marcha y transportaba a una hermosa rubia, la que apremiaba a los marineros a que se diesen prisa. ¡Aquella era la Butterfield! Y por si le cabía alguna duda, el capitán regresó de su persecución, colocóse junto a él y gritó a Joan desesperado:

—¡Señorita Joan, señorita Joan! No puede hacer eso... ¡No olvide que su abuelo le prohibió abandonar el barco!

—En caso de apuro... — gritó Joan ya lejos, haciendo el gesto de reserva mental.

A partir de entonces la situación de Bill se agravó. No sólo porque el práctico se había marchado, privándole de su único medio de navegación, pero porque el capitán

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

descubrió su presencia y estrechándole entre sus tremendos brazos, le anunció:

—Tendré que pedirle que se vaya del barco...

Su insana crueldad era a todas luces injustificada, porque Bill no tenía medios de hacerlo. Por consiguiente, se debatió como pudo, pero al cabo, se hundió en las frías y oscuras aguas del Hudson, incapaz

reciéndolo para aconsejar a Flash, que había acudido en su auxilio:

—¡Eh, Flash! ¡Rómpele las narices de mi parte!

Flash sostuvo una descomunal pelea a brazo partido... Y cayó, primero, su máquina fotográfica... Y cayó, después, el propio Flash, cuya lealtad le había proporcionado aquel baño. Bill había jurado odio eterno a Joan minutos después...

* * *

El meritorio que anunció a Bill que el director quería verle, le encontró en el lavabo cubierto, lo mismo que Flash, únicamente por una cálida manta y con toda la ropa suspendida de unos cordeles.

Bill y Flash inhalaban un sahumario para cortar el constipado y su humor es fácil de suponer. Así, pues, el joven contestó al meritorio:

—Dile que estoy en el baño. Si quiere verme tendrá que venir aquí.

Su dignidad fué turbada por un tremendo estornudo. Tornóse a cubrir la cabeza con la manta, que

apartó para suplicar al fotógrafo:

—Flash, dame el pañuelo, ¿quieres?

Accedió el fotógrafo y lo sacó de un bolsillo del pantalón, tan mojado como su propietario. Tuvo Bill que renunciar a servirse de él y de nuevo ocultó su cabeza, que no se tomó la molestia de destapar cuando, con gran estrépito y tremendos resoplidos, entró en el lavabo el director del periódico.

De una ojeada abarcó la magnitud del cataclismo. Mas Stevens estaba demasiado enfadado para respetar la cura de Bill y tiró, por consiguiente, de la manta sin pie-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

dad, percatándose del modo de vestir de su redactor:

—¿Cómo es que siempre te encuentro en paños menores?—gritó, pero se olvidó de ello para leer una cuartilla—: ¿Qué cursilería es ésta? "La encantadora señorita Butterfield llegó al puerto de Nueva York esta mañana a primera hora. El resplandeciente yate ancló con elegancia junto a Sandy Hook y la mariposita Butterfield, con su cucharita de oro en la boca saltó a tierra". Yo no publico esta tontería. No le interesa a nadie tu opinión particular sobre la señorita Butterfield. ¿Dónde están las fotografías?

Flash, aunque más sano que Bill, era menos animoso que éste, lo que le indujo a balbucear:

—¿Eh? ¡Ah!... No creo que sirvan de gran cosa ahora.

—¿Por qué no han de servir?

—Porque están en la máquina y la máquina se ha quedado en el puerto.

—¿Cómo?—aulló Stevens.

—¡Escuche, ilustre bóvido!—intervino Bill, desde debajo de su manta.

El adjetivo encendió aún más el enfado de Stevens. Sin contemplaciones estiró de la manta que ocultaba a Bill, el cual se cubrió los

hombros aterido, prosiguiendo su explicación:

—En primer lugar, yo no quería encargarme de este asunto; en segundo lugar, no me gusta la señorita Butterfield ni me gustará nunca. Me levanté a las tres, pasé dos horas sobre una cubierta mojada y en ayunas: todo por una mujer con mucho dinero y un yate. Y para acabar con un rasgo de encantador humorismo, me hizo tirar al agua.

Concluida su peroración, colocó la manta en su estado primitivo. Stevens barruntó el partido que podía obtener de la inesperada inquina de Bill. Miró, esta vez sin apartar la manta, la cabeza del redactor y exclamó:

—Veo que pierdes facultades. Tendré que confiarle a otro este asunto... ¡Realmente es demasiado difícil para ti!

En esta ocasión, Bill salió de su cobijo por su propia voluntad. Su ánimo de luchador se había encendido ante una posible competencia.

—¡Ah! ¡Eso sí que no! Yo empecé el reportaje y pienso acabarlo. Y le probaré a la señorita Butterfield que no hay quien se burle de Bill Spencer impunemente.

—Esa señorita ha desaparecido —avisó el director—. Nadie sabe

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

dónde está. Conqu, ¿cómo piensas hacerle tus reportajes?

—Haré reportajes de ella aunque tenga que inventarlos, y serán verdad, además.

—No podrás escribir un reportaje sin asunto. Tendré que buscar otra solución—aseguró Stevens dirigiéndose a la puerta.

Ahora bien, Bill, al que el lógico reparo había herido en lo vivo, puso en contribución todas sus potencias intelectuales y éstas inmediatamente le transmitieron una idea que le impulsó a detener al director con una sonrisa de superioridad compasiva.

—Aguarda un poco... ¿Qué tal esto?—declamó—. Historia de contrastes. Chica rica, chica pobre. Verás. La rica gasta millones de dólares... ¿De dónde salen los millones de dólares que gasta la rica? ¡La pobre empleada de Butterfield los gana! ¿Te das cuenta?

El director sintió que la boca se le hacía agua, si esto es posible, al comprender el alcance de la idea de su redactor. Se detuvo y su sonrisa fué disipando la tormenta que la incapacidad de su mejor subordinado había acumulado en su semblante. Fué algo grotesco, que Bill, tornando a ser el de antes, atacó burlón:

—Flash, saca una foto de cómo nace la inteligencia en un zoquete.

—Cuidado, Spencer. Tienes que ser más respetuoso conmigo o escribir mejores artículos—le advirtió el director escapándose.

—De acuerdo, jefe... te escribiré mejores artículos.

Y escogió con una sonrisa mefistofélica el portazo que fué eco de su ironía. Luego, con la conciencia satisfecha, pudo entregarse libremente a sus inhalaciones.

El humor del señor Butterfield, que todavía desconocía la última proeza de su nieta, era tan áspero como cuando salió de Londres. Sentado junto a un gran ventanal del buque, con las piernas perfectamente abrigadas y una gorra sobre la cabeza, escuchaba a Hinckley, que se le habla aproximado y que decía:

—Estaba pensando, señor, que antes de llegar nosotros, la señorita Joan estará en Nueva York. Podríamos cablegrafiar a nuestros representantes...

—¿Hará el favor de no meterse en esto?—fué la desabrida contestación—. Cuando necesite un consejo ya se lo pediré.

—Sí, señor—acató Hinckley dando media vuelta y marchándose.

—Venga acá—ordenó el irascible anciano—. Mande un cablegrama a mis representantes Gorman & Young, de Nueva York, y dígaless... que mi nieta llegará durante el día de mañana.

Lo cual demostraba un perfecto desconocimiento de la situación. Hinckley giró sobre sus talones y fué a cumplir la orden, pero el señor Butterfield le detuvo rugiendo:

—¡Venga usted acá! Dígaless que se encarguen de retenerla hasta que yo llegue.

—Sí, señor—contestó Hinckley repitiendo el juego anterior.

—¿Y querrá volver usted acá y no ser tan nervioso? Recuérdelles que no deben permitir que se acerque a ella ningún periodista.

—Sí, señor—dijo Hinckley, esta vez sin moverse.

El señor Butterfield dió un palmotazo en los brazos del allón que ocupaba. Después alejó de sí a su atormentado secretario, chillando:

—Y no pierda más el tiempo y lárguese, ¿quiere?

Lo que es prueba y fundamento de que, después de todo, el minúsculo, sufrido e ingenioso secretario tenía motivos para murmurar.

CAPITULO II

JOAN ENCUENTRA UNA AMIGA

La escapatoria de Joan, como casi todas las cosas impremeditadas, había adolecido de un error capital, quizá debido precisamente a la educación que la muchacha había recibido. Cuando empezó a notar hambre, la aventura perdió el encanto primero. Entró en un bar automático, ante cuyo mostrador se apiñaban las personas a centenares y paladeó por anticipado los manjares expuestos. El precio no era muy caro y...

Y cuando Joan abrió su bolso, a duras penas pudo encontrar en el fondo del mismo un dolar de plata. Recordó que, habiendo dejado las maletas en el yate, también se había quedado en él el resto del dinero. Ahora bien, como no estaba dispuesta a retroceder a la primera contrariedad, aceptó filosóficamente su situación y pidió un café con el que distraer su estómago.

Con la taza en la mano se dirigió a una mesa en la que había ocurrido lo siguiente:

Una joven, a todas luces una empleada de algún almacén, había colocado en aquella mesa una bandeja repleta de manjares; un camarero, más distraído que malintencionado, creyó que la comida de la clienta había concluido y se llevó el servicio, de manera que cuando volvió la propietaria del contenido de la bandeja, con el vaso de agua que había ido a buscar, fué desagradablemente sorprendida por la desértica mesa, sobre la que sólo reposaba una taza de café humeante, ante la cual estaba una joven muy guapa y bien vestida.

La defraudada inmediatamente dió muestras de su temperamento belicoso y miró amenazadora a Joan, acusándola:

—¿Qué?... ¡Eh, eh! ¿Qué magia es esta?

—¿Qué le pasa? — investigó Joan.

Su exclamación fué tan sincera que la agresiva muchacha, cuyo nombre era Peggy, decidió confiar-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

lo lo ocurrido, mientras que golpeaba la mesa y llamaba al camarero silbando estrepitosamente:

—¿Qué me pasa? ¡Basta de bromas!—y añadió levantándose y refiriéndose a los comensales—: ¡Eh! ¿Ha visto alguien al que se ha atrevido a birlarme el guisado de carne? Se necesita tupé. Pago mi buen dinero por algo que comer y en cuanto vuelvo la espalda desaparece por arte de brujería... ¡Eh, que venga el amo! ¡Eh, camarero, camarero!

El alboroto fué mayúsculo. El gerente del local, aterrorizado por las consecuencias que podía tener, se acercó a ambas muchachas con cara de pocos amigos.

—¿Qué ocurre, señorita? —dijo el gerente.

—¡Me han robado! Esto es peor que "El Extrarrápido".

—¿Es aquí "El Extrarrápido"? —dijo el gerente.

—¡Ahora se explica! —dijo Peggy a Joan—. ¡Mira que yo meterme aquí!

—Si me dijera usted lo ocurrido tal vez llegáramos a un arreglo.

—¿Qué arreglo ni qué narices! ¡Yo quiero mi guisado de carne!

—¿Está segura de no habérselo comido? —suspechó el gerente.

—Si me lo hubiese comido se-

guiría teniendo hambre —replicó rápidamente Peggy.

Entonces, Joan tuvo un atisbo genial de la situación. Y así que Peggy concluyó de demoler al desagraciado gerente con su acerada crítica, Joan la apoyó con toda la gravedad de que fué capaz.

—¿Como a mí? Tenía usted guisado y pastel de manzana y yo tenía guisado y pastel de limón.

—¿Están ustedes seguras de que no se han puesto de acuerdo para timarme? —gruñó el gerente.

—No sea estúpido... —le piropeó Peggy—. La cara de ésta, ¿es de tener necesidad de estafarle a nadie un mal estofado?

El gerente, apabullado por esta verdad —aparente— cedió terreno, tanto más cuanto una joven tan bien vestida como Joan aseguró que, si no enmendaba el error, no volvería a poner los pies en aquel restaurante. Y Peggy amenazó lo mismo.

En cuanto las dos jóvenes estuvieron a solas, Peggy indicó a Joan que tomara asiento y, tendiendo la cabeza a través de la mesa, murmuró a su inesperada testigo:

—Oiga, ¿por qué le ha dicho que tenía yo pastel de manzana?

Joan estudió la poco agraciada, pero simpática, cara de Peggy y le contestó con franqueza:

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Ya que nada nos cuesta, ¿por qué no hemos de comer pastel también?

—¿Qué? ¿Cómo que no nos cuesta nada? Oiga, que yo pagué mi guisado.

Joan, sorprendida a su vez, la avisó que el gerente regresaba escoltando a un camarero. El restaurante se vengó del engaño a medias, sirviéndoles unos guisantes duros como balines. La decidida Peggy quiso protestar y se daba ya a vocear, cuando Joan la interrumpió diciendo:

—No tiene importancia... ¡Déjelo!

Peggy la miró asombrada y el tenedor se le escapó de las manos.

—Yo he pagado mi ración... Oiga, ¿eso es un truco para comer gratis?

—No. Esta es la primera vez... Tenía hambre.

—¿Hambre? ¿Llevando un abrigo como ese de piel legítima?

—Puede tener una hambre con abrigo de pieles como sin él... ¿Le gustaría comprármelo?

—¿Quién? ¿Yo? Si algún día quiero un abrigo de pieles tendré que cazar yo misma los animales—y titubeó un segundo antes de preguntarle—: ¿Por qué quiere usted venderlo?

—Porque prefiero un sitio donde

dormir sin abrigo, a un abrigo sin sitio donde dormir.

Peggy supuso que la situación de Joan debía ser muy grave para llevar a cabo tamaño sacrificio. La estudió con la frente arrugada y, finalmente, la sonrió compasiva, con una nota cordial en la voz:

—¿Pero no tiene usted amistades?

—En Nueva York, no.

—¿No puede avisar a su casa?

—No... Yo no tengo casa—mintió Joan.

—De alguna parte vendrá, como cada quisque—protestó Peggy.

—Sí, es verdad... pero prefiero no acordarme de donde vengo.

Peggy notó que había estado cometiendo un terrible atentado contra la urbanidad. Por otra parte, la bondad que ocultaba su carácter guerrero afloró. Impulsivamente le ofreció con una vacilación de timidez que hizo más grata su oferta:

—No debería meterme en donde no me llaman, pero... si tan mal anda, podría venir a mi casa esta noche... Tengo un gato y una compañera de cuarto, pero siempre andan los dos de picos pardos.

—Ea usted muy amable, pero, en realidad, no me conoce...

—¡Bah, me parece usted muy buena persona!

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

Sin duda para ocultar su generosidad y la ternura de su alma, a renglón seguido Peggy levantó la voz y llamó al gerente, golpeando la mesa, y en vista de que se hacía el sordo, silbó con toda su alma hasta que compareció.

—Si me necesita no me llame como a un perro. Tráteme como si fuera un ser humano. ¡No he visto cosa igual!

—Bueno, calma. Tome tila; no se sulfure...—le apaciguó Peggy.

—¿Usted sueña, yo no me sulfuro! ¿Usted se sulfura! ¿Yo estoy más fresco que una lechuga!

Peggy hizo de él lo que se le antojó, hasta que salieron de "El Extrarrápido" y anduvieron por la ciudad. Por último, llegaron a una casa idéntica a las demás casas de la calle, dotada de una escalera exterior que moría en la acera, y Peggy la señaló con orgullo, exclamando:

—¡Aquí es!

Desde el momento en que Joan cruzó su umbral, una nueva existencia comenzó para ella. Oyeron un ruido de voces en el descansillo del primer piso, que pertenecían a dos hombres, uno de ellos muy excitado, que en vano intentaba contener a otro, diciéndole:

—Señor Pennypepper, represento a la Mutual Mercantil de Com-

pras. ¿Cuándo piensa pagarnos lo que nos debe?—terminó, alargándole un montón de recibos.

—Ya me cuidaré de pagarlos mañana. Lo siento, pero tengo mucha prisa. ¡Adiós!—contestó Pennypepper quitándose el sombrero.

En la mitad de la escalera tropezó con Joan y Peggy, a quien cogió entre sus brazos y besó con una devoradora pasión. Peggy, en cuanto se repuso del inesperado ataque, se arregló el sombrero y tendió su índice hacia Joan:

—Pennypepper, quiero presentarte a una amiga mía. La seflorita...—se detuvo, pues desconocía el nombre de Joan.

Pennypepper no dió ninguna importancia a Joan, al parecer, porque se precipitó hacia la salida con la velocidad de un rayo, gritando:

—Tanto gusto.

—Es un relámpago—comentó Peggy, comprendiendo la ascensión.

—En efecto, pero ¿quién es?

Peggy pareció sumamente extrañada de que alguien no conociese al estupendo personaje que la había presentado y exclamó, abriendo mucho los ojos:

—¿Que quién es? Es mi novio; es finísimo. Tiene un nombre tan precioso. Pennypepper E. Pennypepper.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—¿Pennypepper E. Pennypepper?—repitió, divertida, Joan—. Y qué significa la E?

—No lo sé. Será para que no resulte monótono. Hace cinco años que queremos tener un día nuestro, pero sólo nos vemos dos veces al día. De noche sale siempre cuando yo entro, y cuando yo salgo por la mañana es cuando entra él. El trabaja de noche y yo durante el día, pero pasamos juntos un domingo sí y otro no. Está empleado en el Metro, en el expreso, pero sólo es de momento. Está estudiando para masajista por correspondencia. Algún día será la esposa del doctor Pennypepper E. Pennypepper... Y entonces averiguaré lo que significa la E.

Toda la explicación dada por Peggy hasta que llegaron a la puerta de su cuarto, fué una buena introducción para lo que Joan descubriría a continuación. En aquella ocasión aprendió lo que hasta entonces ignoraba, que los humildes son los que más se aferran a la felicidad y no se desaniman ante nada, aceptando los pequeños acontecimientos cotidianos como si fueran grandes hechos sobresalientes. Y Joan se sintió enternecida.

Peggy empujó la puerta de su cuarto y observó el efecto que producía a Joan. Esta lanzó una exclamación

de desilusión. En su vida había visto una habitación más modesta que aquella. Era comedor, cocina y, acaso porque no se veían las camas por ninguna parte, dormitorio. Por las ventanas abiertas entraban los destellos de los anuncios luminosos. Apresuró a dominar su desencanto y dijo, refiriéndose a una jaula vacía que estaba sobre la mesa:

—¿Dónde está el canario?

—Johnny me regaló la jaula para mi cumpleaños del año pasado. Este año pondrá el pájaro...—y en vista de que Joan no decía nada, preguntó—: Bueno... no está mal por seis dólares, ¿eh?

Joan convino en ello con un esfuerzo y colgó el abrigo en la percha de un armario hundido en la pared, lo cual le dió motivo para nuevas averiguaciones.

—¿Son suyos los muebles?

—No... sólo las perchas. Claro que tendría bastante con un cuarto de cinco dólares, pero es lo que yo digo: bien valen las vistas un dólar más.

Se refería a las ventanas que daban a la calle y que no habían causado la debida impresión a Joan. Peggy se sentó con un suspiro de alivio en una silla y se quitó los zapatos y las medias; luego avanzó

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

hacia la fregadera, mientras exclamaba:

—La vida empieza para mí cuando llego a casa y me quito estos zapatos. ¡Hija, qué descanso!

—Pero ¿se lava usted misma la ropa?—preguntó Joan sin querer, al notar que enjabonaba sus medias.

—¡Puro capricho! Mi doncella tiene vacaciones este año—respondió alegremente—. Aquí no hay instalación para hacer nada automáticamente. Cuando se necesita algo, tiene que hacérselo una misma. Ande, deme sus medias y las lavaré con las mías. Entretanto, puede usted bajar las camasa.

Joan pensó que aquella sería su vida en adelante. Pero esta idea no la preocupó tanto como cuando, una vez hubo entregado sus medias a Peggy, buscó las camasa, cuya ausencia había notado desde el primer instante.

—Ya estaba intrigándome lo de las camasa. ¿Dónde están?—se extrañó.

—Pues en la pared. ¿Dónde creía que estaban? Verá, le enseñaré cómo funcionan...

Dió un golpe a una puerta y ésta se abrió, dando paso a dos camasa adosadas contra la pared, cuyas almohadas mullió a satisfacción.

—¿Cómo se las arregla para que no vuelvan a subirse?

La puerta del cuarto se abrió de par en par y entró una muchacha, que, al percibir a Joan, se apoyó de espaldas contra la jamba. Era una joven muy pintada, de cara de muñeca y aspecto calculador y orgulloso. Peggy se consternó al verla y presentó a Joan con el nombre de Dorothy. Era su compañera de cuarto.

—¡Encantada!—dijo Joan, con la impresión de que no le era simpática.

—¿Le importa que no pueda decir yo lo mismo?—respondió Dorothy.

Peggy intentó quitar aspereza a la contestación con una risotada de fingida alegría.

—¡Qué bromista! Escucha. No tiene dónde dormir y le dije que pasara aquí la noche...

—¿Y no se te ocurrió pensar que pudiera yo tener algo que objetar? Después de todo pagamos el cuarto a medias—la cortó Dorothy con acento de autoridad.

—No seas pelma, Dorothy; la pobre chica no tiene donde ir.

—No quiero que regañen por mí—suplicó Joan.

—Esta no necesita excusas para regañar.

Estas palabras, que a Peggy co-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

locaban francamente del lado de Joan, despertaron la incomprensible ira de Dorothy. Que Joan fuera más bonita que ella era una ofensa tan palpable como el que fuera más elegante. Por consiguiente, sin más explicación, abrió el armario y cogió una maleta, en donde metió unos trajes que descolgaba de las perchas, a medida que profería:

—¡A mí no hay quien me hable de esa manera! ¡Me marchó!

—¡No, por favor! — tartamudeó Joan.

—¡Bah, que pite si quiere! — contestó Peggy, volviendo a sus medidas.

Entretanto, Dorothy había terminado de recoger sus cosas y pasó por delante de la aturdida Joan, parándose en la puerta, en donde despreció con el aire de una reina ofendida:

—Me está bien empleado por tratar con chusma. —Y dicho esto cerró la puerta con fuerza.

—¡Hum, qué humos! Perdonad, princesa. Yo tengo mucho que hacer — dijo, un poco tarde, Peggy nada impresionada.

Estrujó las medias y las alias, dedicándose a tender una cuerda en donde se secarían. Joan, a quien nunca habían tratado con tal hostilidad, calló unos segundos, dejándola hacer y, finalmente, lamentó:

—Peggy, no sabe cuánto siento que se hayan disgustado por mí...

—¡Bah!

—¿Tiene ella sitio donde ir?

—¿Que si tiene sitio donde ir? Dorothy puede escoger a ciegas cualquier número de teléfono y encontrar cama.

Después de esta mordaz ironía, Joan se serenó y preguntó:

—¿Tiene empleo?

—Claro que tiene empleo. Trabajamos las dos en los Almacenes Butterfield.

—¿Ha dicho Butterfield? — exclamó Joan atragantándose.

Peggy le deletreó el nombre de su abuelo y súbitamente su rostro se iluminó, cogiendo con sus manos mojas los brazos de Joan.

—¿Sabría usted trabajar en los almacenes? Y si no sabe es igual. Mañana abren una nueva sección y tomarán varias empleadas más. Le pediré al señor Dobbs que le dé trabajo.

—Pero yo no podría hacer eso...

—¿Por qué no? Bueno, ¿qué le pasa ahora? ¿No quiere usted trabajar?

—Sí, claro que sí; pero tal vez no les sirva.

—Servirá. Si le dan trabajo a esa estúpida de Dorothy, ¿por qué no han de dárselo a usted?

Convencida, más que por el de-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

seo de agradecer a la bondadosa poniéndose a pocos pasos de él Peggy su acogida, por la inevitable mientras la buscaba desesperado, travesura de burlarse de su abuelo, aceptó el ofrecimiento.

CAPITULO III

UN DIA DE PRUEBA PARA VARIAS PERSONAS

A la mañana siguiente, ambas muchachas se tuteaban. Peggy despertó a Joan con el tiempo justo; se arreglaron apresuradamente, hicieron las camas y las colocaron en su invisible lugar. Luego, Peggy ordenó a Joan, que tragaba precipitadamente un bocado:

—¡Vamos! ¡Es tarde! Podemos acabar esto en el metro.

¡La gran aventura empezaba! Peggy cerró la puerta con llave y se lanzó escaleras abajo, mientras Joan exclamaba:

—¿En el metro? ¡Eso es delicioso!

—No te lo parecerá cuando intentas conseguir asiento.

Como es natural, ya que lo había anunciado a su amiga, se encontraron en la escalera con el señor Pennypepper. Pero esta vez las

tornas se habían cambiado y era la novia la que tenía prisa. Así es que besó rápida como el pensamiento a su prometido y dijo de un tirón:

—¡Oh, rey mío! ¡Perdona, es tarde! Te presenté a mi amiga Joan anoche, ¿verdad?

—Sí, me la presentaste. ¡Adiós!

Se descubrió cortésmente y subió a su cuarto, contiguo al de Peggy. Apoyado en la jamba de la puerta estaba el recaudador con su fajo de recibos y profirió:

—Señor Pennypepper, represento a la Mutual Mercantil de Compras. ¿Cuándo...?

—Mañana sin falta le pagaré. Mañana mismo sin falta — dijo el deudor, metiéndose con agilidad en el interior de su cuarto.

Las diligencias de Peggy dieron buen resultado y Joan fué emplea-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

da y colocada detrás de un mostrador de utensilios de cocina. Peggy, por su parte, se ocupó en la venta de un aparato vibratorio para combatir la obesidad, cuyos deliciosos efectos vocaba con su voz estentórea, sacudida por la correa aplicada a su cintura:

—Al levantarse por la mañana, enfrente con su trabajo y no deje nunca de usar "Vibrato", el sin rival "Vibrato". Se acabaron los dolores con "Vibrato"... "V-i-b..." Bueno, ya saben cómo se escribe...

Joan, a la que la ausencia de los hipotéticos clientes ponía tan nerviosa como la sospecha de que no triunfaría en la venta, salió de su mostrador y fué hasta Peggy en busca de consuelo.

—Peggy, estoy muy nerviosa. Es la primera vez que me pongo a vender algo en mi vida.

—Eso es muy fácil, lo hace cualquiera... — la apaciguó su amiga, tartamudeando a causa del aparato—. Para eso lo primero que se necesita es conocer lo que se vende...

Eso es lo que tenía Joan. En su vida había visto una cocina; sus ideas sobre los cacharros y peroles eran tan vagas como es de suponer. Entonces, Peggy lanzó un grito:

—Joan, tu primera compradora...

Recuerda una cosa: procura atraerla. ¡Anda, ve! ¡De prisa!

Joan no necesitaba su estímulo. Corrió al mostrador y miró a su cliente. Era una mujer de rostro de pocos amigos y la característica expresión astuta del que no está acostumbrado a comprar y por lo tanto, espera ser engañado.

—Buenos días, señora. ¿Puedo servirle en algo? — dijo Joan con exquisita corteza.

—Quiero ver una cocina sin fuego.

—¿Decía, por favor? — se atragantó Joan, ante la petición.

—Una cocina sin fuego.

—Perdóneme un momento—rogó Joan.

Por mucha que fuera su inexperiencia en las cuestiones caseras, jamás se le había ocurrido que se pudiera cocinar sin combustible, fuera de la especie que fuese. En un momento estuvo junto a la zarrandeada Peggy, que pregonaba incansablemente su mercancía.

—Oye, Peggy, quiere una cocina sin fuego.

—Las encontrará en... ¿Un qué sin fuego? Eso es que quiere tomarte el pelo. ¿Pregúntale si no las prefiere de las que arden con hielo!

—¿Dónde están esas?—preguntó Joan con ingenuidad.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—¿Cómo?... ¡Déjalo! Lárgala a la sección de juguetes al cuarto piso. ¡Cocina sin fuego!...

Joan regresó junto a la paciente cliente con el ánimo encendido por el consejo de Peggy. Adoptó un inocente acento y una cortesía rayana al insulto personal:

—¿Usted es la que desea una cocina sin fuego? ¿Se refiere usted a una de esas cocinas de juguete?

Ahora bien, este alarde de erudición no conmovió la impasibilidad de su cliente, que tornó a insistir:

—No, una cocina sin fuego, corriente. ¿No lee los anuncios Butterfield?

Le alargó un periódico en el que había la fotografía de una especie de fiambrera, encabezada con el título que tanta sorpresa había causado a Joan. Y —¿cómo no?— la joven se excusó y fue en busca de apoyo a Peggy, que vociferaba todavía, aunque dando ya muestras de cierta fatiga. Un niño, extrañado por aquella diversión, no se separaba de ella un milímetro y transformaba, lo que había de ser propaganda, en una extraña diatriba comercial.

—¡Sigue queriendo una cocina sin fuego!—gritó Joan.

—¡Qué terquedad! Si ya te he dicho que no había tal cosa.

Joan le pasó el periódico y Peggy exclamó:

—¡Oh! ¿Conque estos cacharros son cocinas? ¿Sabes que me tenían intrigadísima desde hace un mes? Ande, las encontrarás debajo de este extremo del mostrador.

Joan se encaró con su cliente, que ya empezaba a impacientarse con sus periódicas desapariciones, y, queriéndose excusar, cometió el primer error, pues que dijo desahuciándose en sonrisas:

—Siento haberla hecho esperar. Como hace tanto tiempo que a nadie se le ocurre pedir una de estas cocinas para guisar sin fuego, me había olvidado por completo de su existencia... Señora, si compra una de estas cocinas, quedará encantada.

—¿Cree usted que vengo de visita? A comprarla —comunicó la compradora con demolidor sentido común.

—¡Oh, cuánto me alegro! Perdóneme un momento. Voy a buscar el libro de pedidos.

Cuando abordó a Peggy, que ya se había librado de su aparato y continuaba agitándose como si todavía estuviera bajo su influencia, y le notificó su triunfo, su amiga la desanimó:

—Eso no es saber vender. Esa mujer entró a comprar uno de esos

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

chismes y cualquiera hubiera podido vendérselo. Sería arte si le hubiesen encajado un saldo o dos cocinas en vez de una.

Joan, oyendo esto, tuvo bastante para apartarse, encendida por el fuego más comercial.

—Señora, acaba de ocurrírseme, puesto que el precio de estas cocinas es tan económico, que debería usted comprar dos.

—Con una me basta, gracias — pero ya se había alertado su suspicacia e indagó: — Pero ¿por qué quiere usted que me lleve dos aparatos?

—Pues para un caso de apuro. Imagínese que hubiera invitado a comer a unos amigos. Sus invitados toman unos cocktails como aperitivo. Ya sabe usted el apetito que entra bebiendo. De pronto llega su mayordomo y dice: "Madame, el fogón sin fuego no funciona". ¿Qué haría usted entonces?

—Lo que siempre he hecho, jovencita. Entrar en la cocina y hacerme la comida, sin ningún mayordomo ni probar un solo cocktail.

—En tal caso debe usted prevenirse contra el posible fallo de un frágil aparato mecánico como éste.

—Vaya, jovencita, ha logrado usted convencerme... Procuraré arreglarme con mi cocina de gas—

concluyó la compradora y se alejó defraudándola.

Este fracaso fué motivo de que Joan fuera trasladada a una sección más acorde con sus conocimientos: la sección de lencería y ropa interior. El jefe de la sección, el señor Dobbs, experimentó inmediatamente los efectos de la belleza de Joan, y la atendió con más ardor del que convenía a un cargo tan trascendental como el suyo. Joan comprendió al punto cuál era el motivo de su asiduidad, lo mismo que Peggy, que vigilaba a su protegida, y Dorothy que despachaba en la misma sección. Esta llamó a Dobbs con una excusa y Peggy acudió a poner a Joan sobre aviso.

—¡Mi abuela, qué tío más fresco! No creas una palabra de cuanto te diga ese tipo. Ten mucho cuidado con él—la avisó.

Joan la calmó, pero el señor Dobbs, que quiso hacer lo mismo con Dorothy, encontró muchos más obstáculos en su cometido.

—Que no te pille yo enamorando a esa pelirroja — le dijo, con evidente falsedad, pues Joan era rubia.

—No, rica... — tembló el señor Dobbs— Es nueva y la he puesto al corriente de sus obligaciones.

Y lanzó una mirada de pesar a

Joan, que ya no le observaba. En cuanto a Peggy, por fin había conseguido una cliente y la había puesto bajo la correa, dándole las indicaciones pertinentes. Pero fué distraída por un joven muy guapo que con indiferencia le golpeó un hombro y le dijo:

—Perdóneme, la Dirección me ha dado permiso para que interrogue a algunas de las vendedoras. Soy escritor.

Y podía haber añadido que se trataba de Bill Spencer, a quien la casualidad había guiado hasta allí.

—¿Dónde tiene la máquina?

—Enganchada a un tren—le replicó Bill—. A ver, ¿cuánto gana por semana?

—Lo menos cincuenta dólares, pero sólo me pagan dieciocho —contestó Peggy.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí?

—Cinco años. Por eso empieza a mejorar el negocio.

—¿Cuánto gasta usted en viajes?

—Pues verá. El último talón que extendí me lo devolvieron con un "N. S. P.", que quiere decir: "No Se Pitorree".

Se rieron de la ocurrencia de Peggy, pero de pronto la risa desapareció de los labios de Bill. Había visto algo interesantísimo, que

disipaba su pesimismo de aquellos días. Y fué que Joan se acercó a los dos y preguntó a Peggy enseñándole una vaporosa prenda:

—Peggy, una mujer me pregunta si este viso es de confianza.

—Díla que depende de quien se lo ponga. Dí que sí siempre.

—Perdona, procuraré no molestarte más... sólo en caso de apuro.

Cuando Peggy quiso reanudar la interrumpida entrevista con Bill, éste no escuchó lo que la joven le decía. Aunque estaba seguro, el parecido de Joan con la muchacha, causa de su baño, podía ser una coincidencia. Por consiguiente, acuciado su instinto periodístico, inquirió:

—Perdóneme, ¿cómo se llama esa muchacha?

—¿Esa? Joan Baker. Vivimos juntas.

—¿Juntas?

Asintió Peggy y pegó de nuevo la hebra. Bill la dejó sola, momentáneamente, ya que Dorothy, mirando con hostilidad a Joan, avisó a Peggy:

—Oye, aquí va a ocurrir algo grave si no le dices a tu amiga que no se acerque a mi novio.

—¿Novio?... No me haga reír. ¿Cuándo se ha visto un pollo poniéndose moños?

Como estaba escrito que Peggy

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

no pudiera pronunciar dos palabras y ser atendida debidamente, al escaparse Dorothy enfurecida hacia su puesto, Peggy descargó su verborrea sobre la cliente del "Vibrato".

Entretanto, Bill se había encaminado a un mostrador de aparatos fotográficos próximo, es decir, situado delante del de Joan, de la que no despegaba los ojos. Seguro ya de no equivocarse, barruntó el triunfo que podía obtener si se las ingeniaba con habilidad, para su periódico y para sí mismo.

—¿Está cargada la máquina? —dijo refiriéndose al aparato fotográfico, que el vendedor le exhibía cantando grandes alabanzas.

—Naturalmente.

—¿Podría usted sacarme unas cuantas fotografías mientras ando por ahí?

—Desde luego. Puede dar por ahí las vueltas que quiera.

—Bueno, pues me acercaré a ese mostrador y puedo hacerme unas cuantas.

Convenido así, Bill avanzó hacia el mostrador indicado, que no era otro que el de Joan. Por primera vez se turbó al contemplar su belleza y otro tanto le ocurrió a la joven. Pero ambos se dominaron y Bill, haciendo una seña al vendedor, preguntó a Joan:

—¿Tendría usted pañuelos para caballeros?

—Lo siento, señor, pero ése es de señora—contestó Joan, indicando el que había cogido Bill.

—Aguarde un momento. Mi novia es una señora.

—¿Acaso le he dicho yo que no lo fuera? —protestó Joan, porque Bill se portaba de una manera incomprensible.

En efecto, levantaba los pañuelos y las prendas, se las acercaba a la cara, se aproximaba a ella, los dejaba caer, lo revolvía todo, en fin. Mientras tanto, el vendedor de las máquinas fotográficas, trabajaba con el empeño justificador de la futura venta de la máquina.

—Oiga, ¿de qué tamaño es éste? —dijo Bill.

—Del seis.

—¿No hay tamaños para cada edad? ¿Para narices de quince años, para narices de veinticinco? Espere un poco, lo mediré.—acercó el pañuelo al rostro de Joan, que se lo arrebató de un manotazo. —¡Bah, es igual! Ya volveré cuando sepa a ciencia cierta el tamaño que necesito. Pero estará usted aquí, ¿no?

—Así lo espero.

—Y yo también. He tenido mucho gusto en conocerla.

La dejó en paz y con la impre-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

sión de que había estado tratando con un fresco o con un loco, impresión que participó el vendedor que los había fotografiado, después de cerrar un trato con Bill. Una vez el periodista estuvo delante del vendedor, le preguntó con avidez:

—¿Cuántas me ha hecho?

—Una porción —dijo entregándole el rollo—. Aquí están, no hay más que revelarlas.

—Es fantástico. ¿A qué precio se vende su máquina?

—A sesenta y cinco dólares.

—Ya. ¿Cuánto vale la película?

—Eso sólo vale cuarenta centavos.

—¡Pues la compro! Tome... me debe diez centavos.

En un abrir y cerrar de ojos abandonó los Almacenes Butterfield y fué a la redacción de su periódico, en donde comunicó a Stevens y a Flash su descubrimiento, pero sin darles datos precisos. Los ojos del director chispearon al ver el rollo de fotografías y persiguió a Bill hasta su escritorio, suplicándole:

—Venga, dame esas fotos y lanzaré un número extraordinario.

—¡Ah, no! Sólo tengo parte del reportaje. Ahora ya sé dónde está, sé a lo que se dedica, pero ignoro el por qué. Te daré las fotos cuando conozca toda la historia.

A medida que anunciaba sus propósitos, encerraba el rollo en una caja de metal, que guardó en un cajón, y no contento con esto, echó la llave a su mesa, en tanto que Stevens gimoteaba:

—No puedes hacerme esa trastada. Hay que publicar esas fotografías inmediatamente... ¿Y si los otros periódicos nos "pisan" la noticia?

—Descuida, gordiflón. De la señorita Butterfield tengo yo la exclusiva, ¿entiendes? No te muevas hasta que tengas noticias mías.

—Pero ¿a dónde vas?

Bill se detuvo en el umbral de la puerta y le dió un golpecito en el estómago.

—¿Ahora? A invitar a la señorita Butterfield a cenar.

—¿De veras? ¿A dónde?—suplicó Stevens.

—Mira si... si tienes que pasar por el Ritz esta noche, pasa... ¡pasa de largo!—terminó marchándose a pesar de las protestas del director.

.....
A la hora de cerrar, Joan y Peggy salieron de los Almacenes Butterfield con la conciencia satisfecha de quien ha cumplido su deber. En lo que respecta a Joan, la alegría de saberse una persona normal, que se desenvuelve normalmente, se sumaba a la idea de que

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

estaba jugando una buena partida a su abuelo.

—Este ha sido el día más grande de mi vida. He ganado un jornal entero.

—Pues sí que es una ganga— protestó Peggy, que renqueaba, dándole unos billetes.

—Pero, ¿qué te pasa, Peggy? ¿Estás cansada acaso?

—No, pero lo están mis pies. Todas las noches empiezan a reñir el uno con el otro.

La perspectiva de trasladarse a su domicilio en metro era para Peggy una espantosa pesadilla. Como si Bill lo hubiera adivinado, abordó a las dos jóvenes y levantándose el sombrero, las saludó:

—¡Hola, Peggy! ¡Hola, guapa!... Quiero conocer el resto de su historia.

Joan había puesto mala cara a la aparición inesperada del periodista. Peggy hizo un esfuerzo y se acordó de la personalidad del intruso.

—Ahora me acuerdo de usted... Es escritor o algo así.

Bill se apresuró a desviar la conversación hacia un rumbo menos espinoso y las cogió del brazo, llevándolas hacia el borde de la acera.

—¿Me permiten que las acompañe a su casa? Tengo un taxi aguardando y podemos charlar por el camino.

Joan, en quien la rara hostilidad se agregaba al hecho de que en su círculo social las jóvenes no aceptan con facilidad una invitación de un desconocido, se opuso:

—No tenemos ningún interés.

—Aguarda un poco —terció la práctica Peggy—. ¿A quién le duelen los pies? ¿A ti o a mí?... Pues si este caballero... ¿Usted es un caballero de la Edad Media, no?— Bill afirmó con energía— ¿Lo estás viendo? Si quiere llevarnos a casa, ¿qué hay de malo en ello? Además, nosotros somos dos contra uno. ¡Vamos!

Bill sostuvo abierta la portezuela y luego se acomodó entre las dos jóvenes, observando que Joan enquivaba sus miradas simulando mirar por la ventanilla. La charlatana Peggy suspiró:

—Esto es vivir. No hay nada como viajar en taxi, ¿verdad? Sobre todo cuando paga otro.

—Su amiguita debe estar más enterada de eso, ¿verdad?

—No tengo la menor idea de lo que están hablando si me interesa —suslayó Joan malhumorada.

—Tiene lengua—comentó Bill, al ver que finalmente había hablado.

—No le haga caso—palló Peggy— Está cansada... Hoy es el primer día que trabaja en los almacenes.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

Joan contuvo un gesto de aviso, sorprendido por Bill, que insistió ganándose la total enemistad de Joan:

—¿No es de aquí, entonces?

—Sí, algo así... —se apresuró a contestar Joan apurada.

—¿De dónde es usted?—insistió Bill.

Joan se encogió de hombros y prosiguió contemplando la calle. Peggy lamentaba profundamente el desvío de Joan, puesto que un hombre tan amable y campechano como el desconocido merecía mejor trato... por lo que pudiera tronar. Así que relató:

—¡Oh, es de fuera de aquí!

—Ya me figuraba yo que no siendo de aquí sería de fuera —dijo Bill.

—Es usted muy perspicaz para ser tan joven—se burló Joan.

—Algo me dice que no le soy a usted simpático—se lamentó Bill.

—Algo le dice a usted la verdad.

Peggy y Bill cambiaron una mirada de consternación que concluyó en una risotada. Joan, más molesta por la aparente connivencia de los dos jóvenes, se acurrucó en el fondo del taxi. De esta manera llegaron a la casa de Peggy, y Bill les ayudó a saltar fuera del vehículo.

—Un dólar setenta—le comunicó el conductor.

Mientras las jóvenes le esperaban, Bill se echó la mano al bolsillo y exclamó:

—Un dólar setenta. Vale muchísimo más este ratito... ¡Ah! ¡Esto sí que tiene gracia!...

No llevaba dinero encima, como tantas otras veces le ocurría a causa de su distracción. Su apuro fue mayúsculo. La mordaz Peggy y el no menos irónico conductor, cambiaron una ojeada y exhalaron una carcajada sarcástica. El chofer insistió:

—“Sólo” un dólar setenta.

El dinero no aparecía por ninguna parte. Bill se cubría de ridículo. Incluso para Joan, a pesar de su incipiente odio hacia el periodista, la escena fue dolorosa. Abrió, pues, su bolso y entregó al chofer los dólares, diciéndole:

—Tome usted. Llévase a este pájaro y échelo a volar.

—No saben ustedes cuánto lo siento, señorita. ¡De veras!—tartamudeó Bill, para quien la desgracia suponía tener que volver a rehacer sus plantas.

—Bueno, no llore, amigo. Ya le llevaré yo a casa. ¡Suba!—se burló el conductor.

—Deben tomarme por un sinver-



—¡Oh, abuelito, llévame contigo!—suplicó Jean.



—¿Exhibirme yo?—protestó Bill.



—Saque pasaje para el primer vapor rápido que se haga a la mar.



Los dos periodistas estaban acurrucados debajo de una lona.



Su máquina funcionó una docena de veces.



Encontró a Bill en el lecho cubierto, lo mismo que Flash...



Dorothy habla terminado de coger sus cosas.



Peggy, que pregona su mercancía.



—Olga, ¿de qué tamaño es este?—dijo Bill.



Joan esquivaba sus miradas simulando mirar por la ventanilla.



—¿Es que conoce a este hombre?—se intrigió el guardia.



La mantuvo sujeta con firmeza por los tobillos.



*Penny leyó decantándose hacia una lámpara y
hacia otra.*



*Cuando la orquesta paraba la música, habían de
tomar asiento.*



Descubrió un papel arrugado, caído entre las mantas.



—Supongo que Joan le habrá dicho ya.—

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

güenza—balbució Bill, entrando en el vehículo.

—¿Cómo lo adivina, eh?—gritó le Peggy—. ¡Adiós, prenda!

El señor Pennypepper encontró en la puerta de su cuarto al habitual recaudador y su acostumbrado montón de facturas. Le esquivó con mucha frescura y voló escaleras abajo. A la mitad de su carrera encontró a Peggy y a Joan, que subían, y muy emocionado se paró ante su novia gritando, después de besarla:

—Hoy he recibido la primera lección sobre: vértebras, chatilla.

—Penny, ¡eso es maravilloso!

—Sí, y estaba esperando que volviésemos a casa para practicarla en ti.

—¡Pues aquí están mis huesos, rey!

El sacrificio de su cuerpo, que Peggy ofrecía en aras de la ciencia, no fué despreciado. Pennypepper la puso de rodillas en los peñaños, aplicó una pierna contra su espalda, le cogió la cabeza entre las manos y con un brusco tirón hizo crujir espantosamente los huesos de la nuca de su novia, la cual exhaló un alarido de dolor. Instantáneamente, su cabeza quedó doblada sobre el hombro derecho.

—¿Qué?... Formidable, ¿eh? —

preguntó entusiasmado Pennypepper.

—Esto es la hipotenusa, Penny. ¿Cuán... cuántas vértebras hay?

—No lo sabré hasta que llegue a la cuarta lección. Bueno, tendré que darme prisa o llegaré tarde. ¡Adiós, negra!

—¡Adiós, tormento!—despidióse Peggy, no se sabe si intencionadamente—. ¿Qué listo es mi Penny, verdad? Hace falta ser muy inteligente para aprenderse todo eso por correspondencia. ¿Quieres ayudarme a subir, por favor?

Joan casi la tuvo que levantar a pulso y prestóla su brazo para subir. Cada escalón costaba un gemido a Peggy, la que, sin embargo, continuaba alabando a su novio con la fe ciega de los mártires en su ideal. Al llegar a su cuarto, alargó el bolso a Joan, rogándole:

—Será mejor que abras tú la puerta, querida... ¡Qué negro está esto!

La habitación estaba a oscuras. De vez en cuando entraba la luz de los anuncios luminosos. El ruido de la calle las ensordecía... Y, no obstante, Joan tuvo la impresión de que regresaba a su verdadero hogar, cosa que nunca le había ocurrido hasta entonces.

CAPITULO IV

EL CAMBIO DE JOAN

El abuelo de Joan no había permanecido inactivo, pero como, desgraciadamente, la carencia de noticias sobre su nieta era absoluta, desfogó sus temores y su ira en una retahíla de diatribas, que prodigó con una imparcialidad asombrosa en los que le rodeaban.

—¿Qué diablos de abogados son estos que dejan escapar a una chica como ésa en una ciudad como ésta?—les amonestaba paseándose por su despacho—: No lo entiendo. Bueno, y esa agencia de detectives particulares, ¿qué ha conseguido?

Su representante intentó apaciguarle y desviar el diluvio, con tan mala fortuna, que dijo:

—Es de toda confianza y está haciendo todo lo posible.

—Pero yo quiero saber exactamente lo que hace. Búsqueme a esa gente y dígales que quiero hablar con ellos. Está viato que la única manera de conseguir algo bien hecho es haciéndoselo uno mismo.

—Sí... cierto—aprobó Hinckley, aunque se desconoce si con un asomo de malicia.

Mientras tanto, la heredera de los millones de Butterfield, salía de los almacenes de su abuelo en compañía de Peggy. Había pasado otro día y Joan estaba cada vez más contenta de la aventura. Su animación se transmitió a Peggy, que, al verla tan satisfecha, se detuvo en la acera y preguntó:

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

Inesperadamente, una voz cortó el paseo que tenían que dar antes de llegar al metro. Era Bill, que sacando la cabeza por la ventanilla de un taxi, las silbaba y llamaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eh! ¡Eh, Peggy! ¡Aquí estoy! ¡Vengan, suban!

Ambas muchachas se detuvieron y le miraron con desprecio definitivo. Joan dió un codazo a Peggy.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Ahí está tu amigo del alma.

—No es amigo mío. Se gastó tu sueldo de ayer y ahora vuelve por el de hoy. ¡Anda, vámonos!

Le despidieron con un ademán de repugnancia y prosiguieron su caminata. Pero Bill, que era tan tenaz como su fama de buen periodista daba a entender, dió orden al chofer de seguir a las muchachas, pegado al borde de la acera. El automóvil arrancó y él reanudó su gritería:

—¡Eh, aguarden!... ¡Oigan!—si! bô y suplicó fervorosamente—. ¡Un momento, hagan el favor!

La impaciente Peggy le concedió el momento solicitado, pero para decirle:

—Ande y búsquese otra que le pague la cuenta del taxi esta vez.

—¡Miren!... Es que... quiero pagarles... pagarles lo que les debo—afirmó enseñando un grueso fajo de billetes—. ¡Fíjense! Yo... ¿No quieren ustedes?... ¡Esperen! No tienen por qué asustarse, chiquillas. Tengo dinero en abundancia.

Las dos jóvenes se pararon. Sin embargo, como los gritos y silbidos de Bill habían congregado a una multitud de curiosos, entre los que se contaba un guardia, éste creyó deber suyo intervenir para atajar aquel patente atentado contra la moral. Y cuando Bill saltó a tierra

se encontró con que el guardia le cogió entre sus manos y le sacudió, exclamando:

—Conque le sobra dinero y quiere recoger un par de "huchfanitas", ¿eh?

—Sí, pero oiga, esas dos chicas son amigas mías. Y se, se...

—Y se alegran tanto de verle que salen huyendo—completó el guardia.

Bill lanzó un suspiro de desesperación, muy avergonzado por la escena de la que era actor principal. Las jóvenes le miraban inmovibles y el público se reía.

—¡Ni una palabra más! Echeme una multa y acabaremos de una vez.

—Nada, nada de multas. Va usted a comparecer ante el juez. Le voy a acompañar yo personalmente. Voy a darle importancia a este asunto. Se necesita frescura. ¿No le da vergüenza querer pervertir a un par de muchachas trabajadoras, honradas, indefensas?

Estiróle del brazo y empezó a abrirse paso entre los curiosos. Joan contempló impacible el fracaso de Bill, pero al advertir que el guardia hablaba en serio, se volvió hacia Peggy y exclamó:

—Mira, Peggy, le van a detener.

Antes de que su amiga pudiera evitarlo, Joan corrió, con una hermosa sonrisa en los labios, al en-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

cuentro de Bill y le estrechó las manos calurosamente, profiriendo con inmensa sorpresa del periodista:

—¡Hola, ganso! ¿Sabes que no te había reconocido? Nos extrañaba tu tardanza. Ya estábamos pensando en volver a casa en el metro.

El guardia dejó libre a Bill y se rascó la cabeza tan aturdido como su arrestado. Joan estaba deliciosa, pensó Bill, haciendo gestos a Peggy para que se reuniera con ella. Y su antiguo odio se trocó en agradecimiento.

—¿Es que conoce a este hombre? —se intrigó el guardia.

—Peggy, aquí está el pollo—gritó Joan, sin hacerle caso.

Los tres entraron en el taxi y se despidieron del guardia, que furibundo disolvió a los risueños curiosos. Corridos unos centenares de metros, el chofer volvió la cabeza hacia el interior y preguntó:

—Bueno, ¿a dónde?

—Pare aquí, haga el favor.

Instantáneamente, puesto que Joan lo había mandado, el taxista puso el coche junto a la acera. Pero Bill, a pesar de saber que tenía que enfrentarse con un problema mucho más terrible que el anterior, no quiso ceder terreno y se opuso:

—Siga usted la marcha, amigo. Ya le diré dónde ha de parar.

Por consiguiente, el chofer embargó nuevamente y dirigió su automóvil por el centro de la calzada. Joan fulminó con los ojos a Bill, mientras Peggy hacía las veces de simple espectadora, muy intrigada por el cariz de la disputa. Y la millonaria golpeó los cristales, ordenando:

—Chofer, ¿no me oyó usted? Dije que parara aquí mismo.

—Pero, ¿quién manda aquí? ¿Usted o yo? Siga adelante, chofer—protestó Bill.

Esta vez el conductor echó el freno muy decidido y se enfrentó con sus clientes, gritando ya impacientado:

—¿Quieren decidir de una vez?

—Yo estoy decidida. Vamos, Peggy—dijo Joan, abriendo la portezuela.

—Espere un momento —rogóle Bill, dándole unos billetes—. Tenga los dos dólares que le debo.

—Gracias—aceptó Joan.

Peggy, a la vista del enternecedor fajo de billetes exhibido por Bill, dejóse caer en el asiento y estiró de la falda de su amiga, permitiendo que el sentido común hablara por su boca:

—No seas tonta, Joan. Sube otra vez. ¿Ya que estamos aquí, por qué no hemos de dejarle que nos lleve a casa?

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Claro... Ande, niña—terció el chofer sobre ascusa—. Suba y nos iremos todos a casa.

—Eso es...—dijo Peggy, mirándole maligna—. ¡Sube, sube!

—Está bien.

El automóvil se puso en movimiento. Joan, decidida a ser lo más desagradable posible, se cruzó de brazos y no hizo caso a Bill. Pero se necesitaba algo más que aquello para turbar al reportero, que a los pocos metros del viaje, ofreció:

—Bueno, amiguitas, ¿por qué no cenar ustedes conmigo esta noche?

—Yo, ni hablar... Esta noche me toca con el señor Pennypepper. Es mi prometido.

—Sí, ¿eh?... Pues entonces...

Joan evitó su invitación, alzando la barbilla. Bill abrió las manos

y se inclinó hacia el chofer, corriendo el cristal.

—Conductor, ¿quiere cenar conmigo?

—No, gracias. Yo tengo cita también—respondió el chofer, tomando la proposición en serio.

Peggy estalló en una carcajada y sonrió Bill desplomándose contra el respaldo, aunque antes pudo ver en los labios de Joan el vestigio de una sonrisa contenida. El hielo empezaba a romperse y precisamente fué el chofer quien acabó de lograrlo del todo al irritarse:

—¿Y a qué viene ese cartajeo? ¿No puedo tenerla yo?

Bill se quitó el sombrero, hizo una humilde reverencia a Joan y suplicó tartamudeando:

—Pues, entonces, ¿si fuera usted la que cenara conmigo?

* * *

Pasada una semana, las relaciones de Bill y de Joan habían adelantado considerablemente. Salían juntos y se tuteaban. Pero no sólo había esto, sino que además, Joan, demostrando su progresivo enternecimiento a la par que sus avances en la vida práctica, decidió convidar a cenar a Bill y ofrecerle un plato de ternera, guisado por sus propias manos.

Este fué el motivo de que una noche, de regreso de los almacenes, Joan estuviera muy atareada delante de un puchero, situado sobre un fogoncito eléctrico. Peggy abría y cerraba cajones, escudriñaba el armario y por último se acercó a su amiga, sumamente perpleja.

—¡Caramba!... ¿Dónde está la carne?

—La eché en el guisado.

—¡Vaya! Así ya podía yo buscarla. ¿A qué hora le dijiste a Bill que viniera?

—A las ocho.

—Pues ya son las ocho y media.

—Puede que tenga mucho traba-

jo—le excusó Joan y añadió inquieta—: ¿Crees que le gustará el guisado?

La cocinera exhaló un gemido, que produjo la aparición de Penny-pepper por la puerta que comunicaba a los departamentos, envuelto en una elegante bata blanca de enfermero.

—¿He oído quejarse a alguien?—indagó.

—No, no es nada. Penny—respondió Joan—. Es que me he quemado el dedo.

—Pues échese usted unos momentos y la pondré en cura tan pronto como termine con la señora Croft—avisó, desapareciendo.

Indudablemente, la confianza de Peggy en el masaje como curalo todo había disminuido bastante, puesto que optó por aconsejar a su amiga, en detrimento de la ciencia de su prometido:

—¿Por qué no te pones un poco de manteca?

—Se la eché al guisado también... ¡Oh!

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

La habitación se había quedado a oscuras. La cocción del guisado peligraba. Alarmóse, por lo tanto, Joan, y Peggy le confirmó que la culpa la tenía el contador.

—Creí que se habían apagado las luces—respiró Joan.

—Así fué. Pero con veinticinco centavos se vuelven a encender. ¿Los tienes?

—No, pero los tendré cuando cobremos — fué su optimista respuesta.

Peggy se echó a reír y se puso una mano delante de los ojos para evitar el molesto parpadeo de los anuncios luminosos contiguos a las ventanas. De esta manera, fué hasta la puerta de Penny y preguntó a gritos:

—¿Tienes veinticinco centavos, Penny?

—No tengo ni un centavo, Peggy.

—¡Vaya! ¿Y la señora Croft?— insistió la muchacha.

—Divinamente, gracias — replicó Penny, creyendo que se refería al estado producido por sus manipulaciones.

El asunto carecía de solución al parecer. Joan, alarmada por la suerte que corría su pobre guisado, recurrió al firme sostén que era el ingenio de su amiga, lo cual surtió efecto inmediatamente.

—Quita el enchufe—mandó Peg-

gy—. Dámelo. Es muy sencillo. Se enchufa el fogón a la lámpara y la lámpara al anuncio y ya está.

Desenchufó, pues, Joan, y su amiga le entregó el enchufe, acompañándola a la ventana.

—Ten. Sujeta esto. Bueno, ahora enchufa esto allí.

—¿Yo? ¿Por qué?—se aterrorizó Joan.

—Porque tú eres más larga que yo.

Se trataba de una operación bastante arriesgada. Subiéndose en el alféizar de la ventana y apoyándose en una viga de hierro que sostenía el anuncio luminoso, tras de quitar una bombilla, era posible obtener la deseada corriente. A pesar de su súbito pánico, Joan, capaz de todos los sacrificios en pro de su guisado, hizo lo que le decían.

Tuvo que dominar el vértigo que la acometió y, finalmente, cuando estuvo en terreno seguro, la lámpara parpadaba al mismo ritmo que el anuncio luminoso.

—Dios quiera que no se me eche a perder el guisado — deseó Joan ante las intermitencias de la electricidad.

—No, lo único que pasa es que tarda dos veces más en hacerse. Con esta combinación un huevo necesita seis minutos para cocerse. Bueno, vamos a enchufar el otro.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

Coge ese enchufe y ponlo en la lámpara.

Peggy, que no era amiga de hacer nada a medisa, arrastró a Joan, después de arreglar una lámpara gemela a la anterior, la hizo subir a la ventana y la mantuvo sujeta con firmeza por los tobillos. En aquella ocasión la operación era más difícil, por estar el anuncio más distanciado.

Joan temblaba y gemía al quemarse los dedos, Peggy la aguantaba con esfuerzos sobrehumanos, en el momento escogido por Penny para aparecer pálido y tamboroso.

—Escucha, tengo a la señora Croft en una situación terrible.

—Déjame en paz, Penny. Ya ves que mi situación no es menos terrible.

Penny cedió al punto terreno y regresó a su departamento del que brotaban unos alaridos sobrecogedores y siniestros. Joan se quemó los dedos, soltó la bombilla, la cual se fue a estrellar contra la acera a un palmo de Bill, que iba a entrar en la casa. Bill levantó la cabeza y se horrorizó:

—¡Eh, cuidado! Pero, ¿por quién me tomas? ¿Qué haces ahí arriba?

—Estoy haciendo la cena — le aseguró, pero Bill manifestó su incredulidad de que tal hiciera.

—Ten cuidado... No, no bajas

por ahí... En... en... seguida subo.

Mientras Bill corría escaleras arriba, Penny reapareció con un tremendo libro en la mano, solicitando la ayuda de las dos muchachas, aunque antes tuvo que prestar la suya para recuperar a Joan. La luz guiñaba en las lámparas alternativamente. Los gritos de la Croft eran pavorosos, enloquecedores.

Penny leyó decantándose hacia una lámpara y hacia otra, en compañía de las muchachas, el grueso libro, que rezaba:

—“El deprimir la quinta vértebra cervical... es... es a veces difícil, para el estudiante.” Pero no es difícil. Ya lo ha hecho. Lo que necesito averiguar es lo que hay que hacer después. Es preciso que saque a la Croft del apurado trance en que se encuentra.

Si lo logró fué debido a Joan que encontró la operación buscada por Penny. El doctor en ciernes corrió a su departamento a silenciar los aullidos de su paciente, en el preciso momento en que Bill abría la puerta de un tirón. Al ver a Joan sana y salva, respiró apoyándose en una silla:

—Bien, niñas, ¿hay que ponerlos la camisa de fuerza? ¿Qué sucede aquí que no lo entiendo?

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Estamos haciendo la cena— explicó Joan.

—¿Qué vais a darme? ¿Bombillas a la vinagreta?

—Pero, Bill, ¿cómo puedes decir eso?—se enfadó Joan—. Si he puesto alma y vida en este guiso.

—¡Ah!, ¿sí? Pues no estaría de

más que pusieras también algún trozo de ternera—le aconsejó el periodista.

Su escepticismo estaba justificado por el conocimiento que tenía de la existencia anterior de Joan. Mas se equivocaba. Joan había cambiado totalmente y él también, aunque no se hubiera dado cuenta.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

CAPITULO V

AMOR Y COMPLICACIONES

Joan y Bill se hallaban en la frigidísima pista de un Club de patinaje sobre hielo. Nunca fué dicha mayor verdad, puesto que a cada instante tropezaban, vacilaban y se caían cuan largos eran. A Joan parecían no dolerle los batacazos, pero Bill ya estaba fatigado de tanto chocar contra la helada superficie y únicamente aceptaba su quebranto con una sonrisa, merced a algo que creía su vocación periodística, pero que, en realidad, era un inmenso interés por cuanto se refiriera a Joan.

—Este hielo no parece tan duro cuando te acostumbras a los batacazos—se rió Joan.

—Pasemos este baile sentados—suplicó Bill, poniéndose en pie con grandes dificultades.

—¿No has hecho más que empujar y ya te cansas? Puedes descansar entre baile y baile.

—Bueno... el calvario otra vez—se resignó Bill.

Cogidos del brazo y sosteniéndose uno en el otro, parecía que en aquella ocasión habían progresado, lo cual les hizo sonreír. Pero un patinador inexperto, a la vez que algo "alegre", los tomó como blanco y chocó contra ellos derribándolos. El patinador se puso a gatas y se acercó a la pareja.

—Aquí tiene usted, señor, las entradas que perdió.

—Gracias, no las quería; las tiré yo mismo—rechazó Bill, esforzándose por ser amable.

—Pero, ¡si son verdes!—protestó el inoportuno.

Los dos jóvenes huyeron de su presencia. Pero él, con la tenacidad de los borrachos, emprendió su persecución, que en vano trataron de evitar.

Segundos más tarde, estaban en el suelo los tres... ¡Las entradas se habían perdido! El patinador les apaciguó:

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Aguarden un poco... Yo las encontraré.

—Cuando las encuentre rifelas o quédese con ellas por la molestia—gruñó Bill.

Pusieron los pies en polvorosa, haciendo un alarde de sus escasas facultades de patinadores. La distancia que le separaba de la pareja era larga, cuando el inoportuno se puso en pie. Mas decidió acortarla dando la vuelta en sentido contrario al de la marcha general... Poco después, su cabeza chocaba contra el estómago de Bill, éste se apoyó en Joan y los tres cayeron sobre el hielo.

—Perdone, por favor, pero es que estoy un poco desentrenado—explicó el patinador—. Sólo trato de devolverle las entradas.

—¿Quiere hacernos el favor de dejarnos en paz y no perseguirnos? ¿Qué nos importa el color de las entradas?—gritó Bill.

—¿Es que son verdes!

—¿Por qué no se va a ese rincón, busca un sitio bien fresco y se tumba?—insistió Bill.

Sin embargo, el borracho no se convenció de la prudencia del consejo y los persiguió más y más obstinado. Se oyó un toque de corneta y la orquesta dejó de tocar. Su director se adelantó hasta el micrófono y anunció:

—Señoras y caballeros, tengan la amabilidad de mirar el color de sus entradas. Todos aquellos que las tengan verdes tendrán derecho a tomar parte en nuestro concurso de sillas musicales.

El borracho apartó a los grupos cercanos al tablado de la orquesta y llegó a Joan y a Bill, alargándoles los papellitos del color requerido. Bill le tuvo que aguantar para que no se cayera y Joan hizo otro tanto con Bill. Restablecido el equilibrio, el patinador ofreció:

—Ahí las tienen. Posiblemente les gustará tomar parte.

—No a mí. Primero que no sé patinar y segundo que no quiero llevarme ningún premio—masculló Bill.

—Los afortunados poseedores de entradas verdes deben ponerse en fila en el centro de la pista—avisó el anunciador.

—Anda, Bill, vamos a probar suerte—exclamó Joan.

Quieras que no, quizá por lo intrigado que estaba, Bill accedió a su petición y se colocaron, como les ordenaba un empleado, detrás de una silla.

Era ésta una conocida diversión, consistente en que había tantas sillas como personas menos una. Tenían que dar vueltas alrededor de ellas y cuando la orques-

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

ta parara la música, habían de tomar asiento. El que no lo lograba quedaba eliminado en seguida.

Sonó la música y paró. Bill, Joan y el borracho consiguieron sentarse. La prueba continuó, dando lugar a graciosos incidentes. Poco después, Bill se reunía al grupo de los eliminados y aclamaba a Joan. Aunque en primer lugar lo hiciera por pura cortesía, poco a poco se fué entusiasmando.

Resultaba curioso, pensó Bill, que la heredera de un centenar de millones disputara con tanta tenacidad un premio desconocido, sin temor al ridículo... Una de dos: o se había engañado o Joan era una chica estupenda. Y hacía tiempo que ya había optado por lo último...

Por fin, Joan, el borracho y una muchacha quedaron en la pista. Las dos sillas fueron conseguidas por Joan y el borracho. Luego, patinaron vacilantes alrededor del único asiento, procurando no alejarse demasiado, pero, como les faltaba destreza a ambos, lograrlo era dificultoso. Cuando dejó de tocar la orquesta, Joan se encontraba lejos de la silla. Aun cuando era inútil, se apresuró a alcanzarla. No obstante, el borracho colocó su mano en ella. La fina superficie del hielo y el impulso del bo-

rracho, arrastraron el asiento hasta Joan, que estaba a punto de caerse, poniéndoselo el azar debajo.

Joan Butterfield, alias Baker, quedó campeona en un deporte que hubiera horrorizado a su abuelo. El premio, una gran pecera, pasó a su poder y Bill acudió a ayudarla.

—Te felicito, Joan. Trac, te llevaré el besugo. ¿Por qué no lo dejamos aquí para que patine a sus anchas?

—El pobre pez se quedaría hecho un carámbano.

El inoportuno beodo, con idea de ayudarles, tropezó con ellos, vaciando la pecera sobre Bill... Los dos jóvenes desaparecieron...

La ascensión, por la oscura escalera del domicilio de Joan hasta la azotea, fué ardua. Ya a un palmo de ella, Bill tropezó con un escalón agasapado en la oscuridad y salió disparado. Cuando se detuvo, miró al ignorado peldaño y gimió:

—¿Por qué habrán puesto este escalón aquí?

—Ya te dije que fueras con cuidado—dijo Joan.

—¿Por qué no se construirán los tejados en la planta baja?

—Porque entonces tendrías que bajar para subir.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Me está bien empleado por la pregunta idiota.

Bill se acercó, esquivando la ropa tendida, a Joan que se había apoyado en la barandilla y contemplaba el cielo, levantando la cabeza. Callaron unos instantes. De pronto, Joan se rió suave y gozosamente.

—¿Qué te pasa? — se asombró Bill.

—Estaba viendo a la luna asomar por detrás de esa nube. Es hermosa, ¿verdad?

—Me aburre sobremanera — despreció Bill.

—Perdona, pero, ¿qué mal te ha hecho ella jamás?

—No, ¿eh? Si tú hubieras tenido que escribir de ella tantísimas sandeces como yo y de tan distintas maneras... ¡Luna!... ¡Bah!

Joan estudió su enfático perfil. Y tuvo la emocionante sensación de que iba a ocurrir algo capital para ella. Por lo menos, así lo deseaba al mirar a Bill. Era tan extraño y enigmático, tan simpático y huido.

—Debe ser maravilloso ser escritor.

—No es difícil. Sólo hace falta una hoja de papel... — arrancó un pañuelo tendido, sacó un lápiz y prosiguió: — y un lápiz... Todas las novelas empiezan de la misma ma-

nera. El, el hombre. Ella, la mujer. Vamos a ver, yo soy el hombre y la chica es...

Se detuvo perplejo en apariencia, aunque ciertamente esperaba que ella aceptara el papel que la asignaba en la broma. La seriedad se había apoderado de su alma. Un hilo de voz fué la de Joan al preguntar con timidez:

—¿Podría ser yo la chica?

—No—fué la inesperada contestación de Bill.

—¿Por qué no?—preguntó dolida.

—Porque tal vez no me satisfaría la clase de chica que me tocara en suerte — se franqueó Bill, abandonando su tono ligero—. Quiero a una muchacha que me tenga preparadas las zapatillas junto al sillón y puesta la comida en la mesa a la hora de comer. Y no creo que te gustara a ti eso. Cuando yo decida unirme a una mujer, Joan, será para toda la vida... la vida entera.

El corazón de Joan, como el de Bill, palpitaba loco. Bien sabía ella que lo dicho por Bill era un reto. Pero estaba lo suficientemente enamorada para no callarse, lo mismo que Bill para aguardar ante su respuesta.

—Bueno, pero ¿y la mujercita? ¿qué piensas tú darle a ella?

—Trabajaré para ella como un

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

negro y ella ha de hacerlo igual para mí. No le pido a ella nada que yo no esté dispuesto a dar... —la miró de frente y exclamó—: No estarás declarándote a mí, ¿eh?

—¿Yo, Bill?... Claro que no. No sería lógico—fué la enigmática réplica.

Después de esto, los dos jóvenes se pusieron a recoger la ropa tendida. Bill se paró palpando un largo camión de noche, cuyo áspero contacto le erizó la sensibilidad. Era una prenda espantosa. Intrigado, dijo:

—¿Esto es de Peggy?

—¿Qué opinas tú?

—¿No me digas que es tuyo!

—Bueno, pues de Peggy.

Bill quedó, pues, convencido de lo contrario. Estaban muy próximos uno al otro, cuando las nubes se espesaron, ocultando el resplandor de la luna, y un repentino relámpago, seguido de un trueno pavoroso, los deslumbró. Joan se echó temblando a los brazos de Bill.

Bill la mantuvo apretada contra

su pecho durante un minuto delicioso. Joan fué la primera en apartarse, aunque no se alejó mucho de él, que la contemplaba absorto. Por último, Bill le preguntó:

—¿Te asustaste?

—Desde pequeña me aterrorizan los relámpagos.

Aquello era más de lo que Bill podía soportar y gritó:

—O tú eres una gran chica, Joan, o yo soy un borrico.

—Tú eres un borrico.

No había concluido de decir esto, cuando un nuevo relámpago surcó las nubes. En esta ocasión fué Bill quien, lanzando un fingido gemido, apretó entre sus brazos a Joan. La joven no se libertó de ellas y le miró peligrosamente cerca.

—No, no... No me había asustado esta vez.

—Pues yo sí—aclaró Bill.

Y entonces ocurrió lo que había estado esperando cada uno de ellos desde que estuvieron en la azotea. Bill inclinó su cabeza y la besó...

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

* * *

Bill estaba sentado ante una máquina de escribir en la redacción de su periódico, vigilado por un contentísimo Stevens. De vez en cuando, Bill daba una furiosa chupada a su cigarrillo, se detenía, tecleaba unas cuantas letras y volvía a meditar.

En realidad, Bill no estaba falto de inspiración. Lo que acontecía era que a medida que escribía una frase sobre Joan, su desaparición y su comportamiento anterior, se le antojaba que estaba cometiendo una deslealtad y que firmaba la sentencia de muerte de su amor. Su instinto periodístico pugnaba con éste... Pero proseguía escribiendo.

—Señor director... — intervino Flash acercándoseles.

—¡Chist!... trabaja un hombre — le acalló Stevens.

—¿Queréis... queréis hacerme el favor de buscar un rincón apartado y echaros a dormir? — se enfureció Bill. — ¡Largaos de aquí!

—¡Qué te parece la salida! —

gruñó Stevens—. Cuando casi empieza a gustarme algo de lo que haces, te pones de mal humor.

—Me ponéis nervioso — se irritó Bill.

—¿Que yo te pongo nervioso? ¿Y cómo crees que me estás poniendo desde hace años?

Bill se tranquilizó. Tecleó hasta acabar el artículo y con él en la mano giró hacia el director, poniéndose en pie.

—Escucha ¿No te parece que... lo que estamos haciendo con la Butterfield es, en realidad, un poco fuerte?

—Pero, Bill... ¿Eres idiota o qué? ¡Si la has descrito magistralmente! Es un gran artículo.

—Eso es lo que siento — dijo guardando las cuartillas en el bolsillo de su americana.

Esto fué suficiente para que el director sintiera la ineludible necesidad de descargar su ira sobre alguien. Y allí estaba el inocente Flash, a quien aulló:

—¿Qué haces tú aquí?

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—¿Eh? ¡Oh! Qué... quería decirle que su esposa le llama al teléfono.

Bill pasó ante ellos como si no

les viera, dirigiéndose a la salida. Sus dos amigos le observaron consternados y, luego, cada cual echó por un lado distinto.

* * *

Joan y Peggy, a la mañana siguiente, entraron en los lavabos de los Almacenes Butterfield y, después de colgar los abrigos en sus respectivos armarios, mientras Peggy se lamentaba de la mala costumbre de abrir tan pronto la tienda, Joan se quitó el relojito y abrió un grifo.

—Peggy, ¿crees que Bill lo pasó bien anoche? — preguntó, enjabonándose las manos—. Ya sabes lo que quiero decir... ¿Crees que se divirtió?

—Pues sí. Bill es un poco tarambana y estoy segura de que lo pasó estupendamente.

—Me alegro.

Se secó las manos y se encaminó a su sección. Su relojito quedó sobre la repisa de cristal del lavabo. Su dorso llevaba grabado el verdadero nombre de su propietaria. Dorothy, que había advertido el des-

cuido, lo cogió para devolvérselo y, llena de curiosidad, lo estudió en todas direcciones...

—Ven a mi sección. Tengo que hablar contigo — dijo entonces al señor Dobbs.

—Ya voy—contestó éste.

—Pero ahora mismo. ¡Es importante!

El señor Dobbs abandonó su trabajo de atender y orientar a los clientes, y con mucha cautela, simulando comprobar el estado de los objetos expedidos, investigó:

—Bueno, ¿qué quieres?

—Ponerte en guardia. Según dicen los periódicos, todo el mundo anda buscando a Joan Butterfield y yo sé dónde está... ¡Mira!

Le mostró el relojito de Joan y para que no le cupiera ninguna duda respecto a la identidad de su propietario, Dobbs leyó la dedicatoria siguiente: "A Joan Butter-

field, su abuelo". Dorothy se rió de su creciente miedo.

—La señorita Butterfield se lo quitó en el tocador para lavarse las manos.

—¿Aquí?... ¡No es posible!

—Desde el primer día me inspiró sospechas.

—¿Quién te inspiró sospechas?

—Esa pelirroja... Joan Baker—dijo Dorothy, señalando a Joan.

—Joan Baker... —repitió alcaido—. Pero... ¿qué piensas hacer ahora con el reloj?

La sonrisa de Dorothy expresó todo el triunfo y toda la hiel de que es capaz una dependienta, que supone haber sido agraviada por una colega más hermosa que ella.

—Muy sencillo. Hacerle una visitita al viejo Butterfield.

Dobbs probó de hacerle desistir de este propósito, que podía significar su inmediato despido, puesto que había dado trabajo a Joan. Pero como Dorothy no se conmoviera, la abandonó y quiso atender a su ocupación. No lográndolo, atravesó rápidamente la planta baja y llegó al lugar en que Peggy demostraba las excelencias del Vibrato, que la sacudía como si fuera un pellejo vacío, rodeada de clientes.

—¡Eh, Peggy!... ¿Se... se... se quiere desenganchar? Es muy importante.

Dicho esto, Dobbs se retiró a un rincón que no podía ser vigilado y atrajo a la extrañada Peggy hacia él. El respeto de la muchacha estaba mitigado por los abyectos temblores que sacudían a Dobbs, el cual la interpeló repentinamente:

—¿Por qué no me dijo usted que era Joan Butterfield?

—Pero, señor Dobbs, si yo creía que... ¿Cómo?

—Joan Baker es Joan Butterfield.

Peggy se pasó la mano por la cabeza intentando serenarse.

—¡Eso... eso es imposible! ¡Qué tontería! ¡Que Joan Baker es Joan Butterfield... ni pensarlo!

—Dorothy me ha enseñado su reloj de pulsera y lleva grabado el nombre de Joan Butterfield—y cambió de tono, suplicando—: Escuche, Peggy, usted sabe que siempre he sido amable con la señorita Butterfield.

—¡Digo!—profró Peggy.

—Pueden haberla informado mal, pero usted dirá lo contrario—gritó el intranquilo Dobbs—. He sacrificado veinticinco de los mejores años de mi vida a estos almacenes y me gusta estar aquí. Tiene usted que decirselo.

Peggy empezó a convencerse de que cuanto decía Dobbs debía ser verdad, ya que se humillaba hasta

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

el punto de arrodillarse ante ella.

—¿Joan Baker es Joan Butterfield?

—Sí.

—¿Y pensar que la he hecho dormir hasta encima de un banco!

El abuelo de Joan estaba desesperado y se pasaba las horas escuchando los difusos informes y los no menos difusos planes de una cohorte de detectives, alquilados para hallar a su nieta. Era el día en que Dorothy hizo el interesante hallazgo.

El jefe de una Agencia de Detectives le exponía la situación y los medios de que disponía para capturar a la joven:

—Uno de mis hombres se encarga de los hoteles. Serán examinados los antecedentes de toda muchacha llegada a Nueva York el mismo día que la señorita Joan. También se investiga en las estaciones de ferrocarril y en las compañías de turismo.

Le interrumpió la entrada de una secretaria del señor Butterfield, que carraspeó y, después, comunicó al anciano:

—Hay una joven ahí fuera que, según dice, posee una amplia información de la señorita Butterfield.

—¿Qué dice? — exclamó el anciano.

Todos se pusieron en movimiento, avanzando hacia la salida. El señor Butterfield los detuvo, pero su apoderado le suplicó:

—¿Hablaré con ella!

—No hará tal. Hablaré yo personalmente. Hágala pasar aquí — determinó el señor Butterfield.

Ocho pares de agudos ojos assestaron a Dorothy cuando se presentó. No obstante, la muchacha no titubeó y avanzó directamente hacia el anciano, que también salía a su paso.

—Jovencita, ¿dice usted que posee amplios informes sobre el paradero de mi nieta?

—Sí, señor, pero deseo hablar a solas con usted, señor Butterfield.

El anciano los despidió en el acto a todos. Dorothy, creyendo sacar más partido del que en verdad le correspondía, en cuanto el anciano estuvo a su lado le guiñó pícarosamente un ojo... Al punto, el señor Butterfield hizo un gesto de desagrado y ordenó a los que se iban:

—¡Eh! ¡Un momento, un momento! ¡He cambiado de opinión! Prefiero que se queden—y con severidad preguntó a la desencantada Dorothy:— Bien, pollita, ¿dónde se encuentra mi nieta? Hable.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Trabaja en sus almacenes.

—¿Eh?... Jovencita, ¿no me tenderá usted un lazo?—supuso el anciano.

—¿Reconoce usted este reloj?

No había ninguna duda...

Peggy, mientras tanto, escuchaba las explicaciones que Joan le daba, con una timidez que contrastaba sorprendentemente con su descaro usual. Joan se ponía el abrigo y su amiga se retorció los dedos muy apurada a cada palabra que profería Joan:

—Peggy, ¿no comprendes mis sentimientos? Esta es la primera vez en mi vida que disfruto de libertad. He sido tan feliz y has sido tan buena conmigo...

—Gracias, señorita Butterfield.

—Lláname Joan, ¿quieres? Estoy preocupada por Bill. ¿Qué crees que pensará cuando sepa la verdad de todo esto?

—Pues si te quiere de veras, dirá

al saberte rica: "Miei sobre bojuelas"—aseguró Peggy, ya recuperada—: Anda, vámonos a comer, que el filete a la brasa despeja mucho.

Pero cuando iban a salir, oyeron la voz de Dorothy preguntando por Joan a una compañera de trabajo. Dorothy la buscaba, Dios sabe con qué intenciones. Peggy empujó a Joan hacia la salida, ordenándola:

—Corre. Más vale que te encierres en nuestro cuarto y no salgas de allí ni un instante hasta que recibas noticias mías. Yo me encargaré de ésa.

Se arremangó las mangas del abrigo, mientras Joan desaparecía; pero después cambió de opinión y fué a una cabina telefónica marcando precipitadamente un número. Luego, habló durante un buen rato con una persona. Peggy, pronto lo sabrían todos, no tenía un pelo de tonto y Joan podía considerarse a salvo.

CAPITULO VI

SORPRESA PARA JOAN

La llamada telefónica de Peggy disparó a Bill por las calles de Nueva York a una velocidad portentosa, que no aminoró al subir de un salto la escalera del domicilio de las muchachas. Sin pensar en recobrar el aliento, Bill golpeó repetidas veces la puerta de Joan.

Esta, al oír el repiqueteo, pensó que alguno de los esbirros de su abuelo la había descubierto y se ocultó en un rincón con el corazón anhelante. Adivinando Bill lo que debía pasar por la mente de Joan, insistió nuevamente en el repiqueteo, añadiendo:

—¡Joan! ¡Joan! ¿Estás ahí? Abre, soy Bill.

Joan se apresuró a hacerlo con una sonrisa de alivio. Bill le apretó los brazos entre sus manos y la escrutó, comunicándola:

—Peggy me dijo que viniera inmediatamente. ¿Ha ocurrido algo grave?

—Bill... No me preguntes nada

ahora. Necesito escapar, ir a un sitio en donde nadie pueda encontrarme.

Como Bill no necesitaba ninguna aclaración para comprender lo que estaba aconteciendo, ya que sabía quién era Joan, aceptó su súplica sin más dilaciones.

—Está bien, guapa. Conozco un lugar a propósito. No sé si te gustará o no, porque aquello es un desierto, triste, sombrío, solitario...

—Eso no me importa, Bill. Llévame allí en seguida.

—¡Ahora mismo! Date prisa. Pronto, recoge tus cosas.

Dos horas más tarde, dos vigorosos golpes de remo dados por Bill, hacían encallar en la arena de una playa a la lanchita con la que habían bogado desde Nueva York. Ante ellos se ofrecían unas dunas estériles, con algunas raquíticas matas por único adorno. Joan miró extrañada a Bill, en quien se había operado un sutil cambio y que se

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

desentumecía estirándose, antes de saltar a tierra firme.

—Bienvenida a la finca Spencer, llamada también Island... No es fácil que a nadie se le ocurra buscarla aquí—anunció, depositándola en el suelo.

Joan contempló el árido paisaje y lanzó un suspiro de descanso.

—¡Oh, es maravillosa! ¿No viene nunca nadie por aquí?

—¡Ah, no!... Sólo los que naufragan y aun entonces las olas suelen lanzarlas al otro lado de la isla—dijo Bill echando a andar—. No tienes por qué temer. ¿Qué te parece el sitio que te he escogido para escondite?

—¡Ah! Encantador.

Ciertamente, se lo parecía. Bill aceptó aquella declaración sin reservas, con el contento de quien recibe un regalo. Y, como ocurre frecuentemente, para evitar críticas posteriores, se encargó de irle mostrando los defectos de su posesión.

—Bueno, pues, como verás, esta isla es casi completamente estéril. No hay vegetación.

—Es muy linda.

—Sí—confirmó Bill, sin quitarle los ojos de encima, estudiando sus reacciones.

De pronto, como aparecida de la nada, aunque en verdad oculta

por la curva de las dunas, se alzó una cabaña. Estaba construida, a lo que parecía, con restos de barcos, maderas podridas, cascotes y quillas: tenía un cobertizo a un lado y las vidrieras de las ventanas estaban emplomadas, prestándole una apariencia muy pintoresca.

—¿Arrojaron las olas esta cabaña aquí?

—¡Qué impertinencia! Es el palacio encantado de los Spencer. Ha crecido, pero cuando lo plantamos era de este tamaño—narró, indicando una exigua altura.

—¡Oh, le pido a usted mil perdones! Por fuera es bellissimo. ¿Tiene interior también?—aludó al rato que Bill la tenía allí delante.

—Y puertas y llaves—anunció, buscándolas—. Siempre olvido el sitio donde las pongo.

Pero su distracción carecía de importancia, pues que con empujar la puerta, ésta cedió sin resistencia. Se inclinó caballerosamente y le ofreció entrar antes que él:

—¡Ahí tienes... Bienvenida a mi casa solariega, señora.

El interior, si correspondía con el exterior en cuanto a sobriedad de muebles empleados en ocuparlo, era cómodo y confortable. Unos cuantos sillones rústicos, una mesa, una alacena, un cómodo sofá

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

instalado delante de una gran chimenea, amén de algunos cuadros y objetos, lo amueblaban.

—¿Sabes que esto es delicioso? —aprobó Joan.

—Te gusta, ¿eh? —dijo Bill muy contento.

—Y tiene chimenea y todo.

—Sí, y está asegurada.

—¿La chimenea o la casa?

—La isla—y agregó Bill abriendo un armario: Si tiene frío, toma una copa de coñac.

Joan rechazó la invitación. No obstante, con femenina curiosidad, inspeccionó el interior del armario, en donde se apilaban numerosas conservas.

—Tienen aquí comida para un ejército.

—Así es ¡A comer tocan!

—Yo haré la comida, si trazes tú la leña—propuso Joan, quitándose el abrigo y el sombrero.

—¿Qué ocurrencia querer hacer fuego cuando me he quedado sin leña! ¿Quieres leña de naufragios u otra?

—Déjame pensar... —suplicó Joan y añadió: De naufragios.

Mientras Bill probaba a Joan que era algo más que un muchacho aturdido, Stevens había perpetrado un robo a mano armada en su escritorio de la redacción. El instrumento del robo era... un abrelatas,

con el cual hendía la superficie del cofrecito en que su redactor había guardado el rollo de fotografías. Flash contemplaba el desmán con evidentes signos de desaprobación, que tenían a Stevens sin cuidado.

—¡Maldita sea! —gruñía éste malhumorado—. Nos pisan la noticia exclusiva de la Butterfield y no encuentro a Bill Spencer en ninguna parte.

—Oiga, ¿usted cree que es esa manera de hacer las cosas, jefe? —reparó Flash.

—Yo lo hago todo como es debido.

—Bill se va a poner hecho una furia cuando vea eso.

—Aun se pondrá peor cuando le coja yo por mi cuenta.

—Bueno, pero a lo mejor me echa la culpa.

—¿A ti? ¿Por qué ha de echarle la culpa a ti?—quiso saber el director, soltando el instrumento del crimen.

—Porque me dió a guardar sus llaves.

Y como se las pusiera delante, Stevens le fulminó con una mirada y se las arrebató, pudiendo reanudar su tarea con más facilidad.

—¡Lárgate de aquí! ¿Qué han de ser tuyas las llaves! Me estás haciendo perder la paciencia.

El cofre ya estaba abierto y la

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

mano de Stevens se cerró con avidez sobre el rollo fotográfico. Llamó a un meritorio y le entregó el negativo de las fotografías, ordenándole:

—Llévate esto a la sección de revelado. Sí, que me manden las pruebas inmediatamente.

Poco después, en su despacho, el meritorio entregó al director las pruebas requeridas y éste las estudió con una sonrisa de alegría que, poco a poco, se fue volatilizandole de su boca hasta decir:

—¿Qué?... No. Este no es Bill Spencer. Ojalá lo fuera. ¡Le rompería la crisma!

Porque, en efecto, ante el rostro de Joan, en las diversas copias, se interponían una retahíla de pafueles de todo tamaño, impidiendo reconocerla...

En la isla, Bill entró en la casa abrumado por un montón de leña, cacareando su triunfo a Joan, que estaba inclinada ante una cacerola y rodeada de latas vacías. La pregunta que iba a formular quedó truncada al dirigirse a la chimenea, pues tropezaron sus pies con algo y se cayó, esparciendo la leña por el suelo.

—Esto me pasa...—exclamó y, al ver sus zapatillas de baño, preguntó—. ¿Cómo diablo han venido a parar aquí?

—Fui yo... yo lo hice. No di con tus zapatillas, pero encontré eso y lo puse junto al sillón. ¿No querías encontrar las zapatillas junto al sillón y una mujer que trabajara como una negra por ti?... ¿Qué tal marchó?

Bill se puso en pie antes de contestar, aproximándose a ella:

—¡Ojalá no lo hubieras hecho!

—¿Por qué no?

—Porque te echaré de menos cuando te vayas.

—Lo que me proponía justamente—afirmó Joan.

Dado que Bill la amaba apasionadamente, fue notable la tranquilidad con que logró cambiar de conversación. No podía hacer otra cosa, teniendo pendiente sobre su conciencia un artículo destinado a provocar el escándalo en torno a la persona de Joan.

—¡Qué olor más apetitoso! ¿Has metido todas esas cosas en un solo puchero?—dijo, señalando los botes vacíos.

—Sí... guisado.

—¿Y has puesto alma y vida en esto también?

—Sí, Bill.

Después de todo, Bill era un hombre como los demás y tuvo que doblar la cabeza, acatando su destino. Terminada la cena, Joan le contó toda la historia de su fuga y

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

le anunció su verdadera personalidad, con una sencillez que aumentó su estima. Estaba sentada a los pies de Bill, cerca de la chimenea. Bill, preocupado, le acariciaba la cabeza sin darse cuenta.

—Sigo sin comprender por qué una chica que ha estado acostumbrada a tanto, se da por satisfecha con tan poco.

—Porque estaba acostumbrada a tanto que no se daba cuenta de lo mucho que esto representaba. No pienso volver al lado de mi abuelo y tener tanta poca cosa otra vez, mientras viva.

—Siempre he tenido muy buena opinión de mí mismo, pero no he conocido jamás a una persona tan honesta y tan franca como tú... Bueno, recuérdame que te diga...

Se interrumpió avergonzado. Joan no hubiera sido lo que era si no hubiera preguntado:

—¿Qué?

—Que eres toda una mujer.

Joan le miró enternecida y se sentó a su lado, suspirando:

—¡Ay, Bill! ¡Cuidado que eres bobo!

—A mí no hay quien me llame bobo a la cara impunemente.

Pero le fué muy fácil imponerle un castigo adecuado, que ella aceptó sin resistencia...

Al día siguiente, Joan se levan-

tó muy de mañana y preparó el desayuno. Cuando estuvo dispuesto, salió al exterior vocando:

—¡El desayuno aguarda! ¡Eh, Bill, que está preparado el desayuno!

Fué hasta la lancha invertida que había servido de dormitorio a Bill y golpeó la quilla, animándolo:

—¡Vamos, perezoso, levántate! ¡Bill, despierta! ¡El desayuno está listo! Conque no quieras despertar, ¿eh?

Tras de esta amenaza, agarró la barca por el borde y la echó a un lado. Las mantas estaban vacías. Bill no estaba allí. Le llamó durante un momento. Cuando descubrió un papel arrugado, caído entre las mantas, se agachó y lo desplegó rápidamente. Era una especie de memorario, que decía:

"Cosas que hacer hoy: Cepillo de dientes pequeño". "Darle un quite al director". "Buscar ropa limpia". "Sorpresa para Joan".

Esto último fué causa de que Joan le concediera su perdón al instante.

Stevens no había deglutido todavía el fracaso proporcionado por su fechoría del día anterior. Tomando a Flash como diana de su inquina, pasaba y repasaba la vista

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

por encima de las fotografías, masticando:

—¿Qué te parece esto? Toda una pila de fotografías tomadas a la señorita Joan Butterfield, sin que aparezca en ellas la señorita Joan Butterfield. Fíjate en ésta. Un magnífico retrato de un pañuelo entre dos maniqués. ¿Y ésta? Igual hubiera podido retratarla dentro de un saco. Y aquí se ha asegurado de que salga bien el sombrero. Todo ex profeso para dárselas de caballero. ¿Como si lo fuera!—y gruñó a Flash—: ¿Qué dices tú a esto?

—Pues... que... no son unas fotografías muy a propósito.

—Ni fotografías... ¡No he visto tipo más fresco! Después de todo lo que he hecho por él, después de que me lo traje aquí conmigo cuando se moría de hambre... Le cuidé y le eduqué como no lo hubiera hecho ni su padre... y ahora, que es cuando más le necesito, ¿dónde está? ¡Me ha fallado! ¡El muy canalla! Como yo le pillara entre mis manos, le...

La puerta del despacho se abrió y apareció Bill, fresco y pimpante como si acabara de salir de un estuche. Sin querer reparar en la impresión que su persona causaba, exclamó:

—¿Qué querías, Stevens?

—¡Ah, ya has aparecido! ¿Te das cuenta de que estás arruinándome? ¿Quieres convertirme en el hazmerreír de la ciudad? Como jefe tuyo te exigo que te pongas a escribir inmediatamente ese artículo.

—Escúchame. He llegado a la conclusión de que no debemos publicar esa historia.

—¡Tú habrás llegado a la conclusión!—tronó Stevens, levantándose de un salto.

—Si publicas ese reportaje harás daño a alguien que no se lo merece.

—¿Y a mí qué me importa? ¿Es una noticia, no? Y para eso publico un periódico.

Entonces Bill se fijó en las fotografías esparcidas por la mesa y su ceño se frunció:

—¿De dónde has sacado esas fotos?

—¿De la mesa que tenías cuando aun trabajabas aquí? ¿Querrás darme ahora el artículo sobre la Butterfield?

—Dame esas fotos.

—Aquí tienes tus fotos — gritó Stevens arrojándoselas.

—Bien... ¡Aquí está el artículo!

Y lo que no había podido su decisión, lo logró la ira. Sacó el artículo de un bolsillo y lo desgarró en pedacitos infinitesimales, que

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

arrojó al aire como una lluvia de confetti.

—Que te aproveche — deseó, abriendo la puerta.

—¡Bill: te haré saltar de todos los periódicos de los Estados Unidos! ¡Ya lo creo que lo haré!

Pero predicaba en desierto, puesto que Bill se había marchado. Stevens se arrojó sobre los pedazos de papel y se puso a recogerlos. Todavía los aprovecharía. Se levantó y salió a la redacción, avisando a todo el mundo que entrase en su despacho y cosechara los pedazos para su inmediata publicación.

Flash persiguió a Bill por la calle hasta que éste le notificó que iba a comprar una licencia matrimonial de tres dólares y que le requería para que fuese su padrino. El muchacho sintió que la lengua se le pegaba al paladar y regresó de un vuelo a la redacción.

Pero todo se había puesto en contra de Bill. Así, cuando Stevens hubo editado un número extraordinario de su periódico, incluyendo el artículo en discordia, el representante del señor Butterfield leía a éste las infamantes palabras:

—“No contenta con despilfarrar los millones de dólares que tantas chicas desgraciadas ganan para ella, a la empingorotada nieta del

tirano sátrapa Cyrus Butterfield se le ocurrió la idea de...”

El anciano señor Butterfield dió un palmetazo en su mesa de despacho y se enderezó como si le hubieran librado de una caja sorpresa, con lo que cortó la humillante lectura:

—¡Balta ya de libelos! Hinckley, llame al director de ese periódico por teléfono y avísame.

Stevens escuchaba, a pesar de que aparentaba disgustarle profundamente, el relato de Flash, el parte que el fotógrafo le daba de la inusitada transformación de su redactor preferido. El muchacho se rascaba la cabeza, gimiendo:

—Le digo a usted que no sé lo que le pasa a Bill. La forma rara en que procede y las cosas que suelta sin ton ni son...

—¿Cuántas veces he de decirte que no me interesa nada de eso?— le advirtió el director y le apremió—: Bueno, ¿y qué más te dijo?

—Pues, nada, que anda por ahí de almacén en almacén, comprando conservas..., cepillos de dientes y... una licencia matrimonial. Luego se meterá en ese carcomido bote que tiene y se irá a su isla.

Tan interesante relato fué interrumpido por el timbre del teléfono. La telefonista le comunicó que Cyrus Butterfield deseaba hablar

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

con el director. Ordenó que conectara con él y, aun cuando el multimillonario no le vela, le dispensó la más radiante de sus sonrisas.

—¡Hola, señor Butterfield! Sí, soy el director... ¿Bill Spencer? No, ya no trabaja en este periódico... Tiene usted muchísima razón, señor Butterfield. Por eso ya no está en este periódico.

—Eso a mí no me interesa nada —chilló el anciano—. Necesito dar con él inmediatamente.

—¿Eh? Bien, conforme, le...

Ahora mismo le mando un hombre. Gracias, señor Butterfield. ¡Adiós!—se encará con Flash y le dijo—: Encárgate de ver al señor Butterfield. Llévale a la isla de Bill Spencer en seguida. Y quisiera estar allí cuando llegareis vosotros, para que viera la expresión de mi semblante...

Que ciertamente era lo más risueño que un director de periódico podría anhelar. Muchas veces no hay que fiarse de los mejores amigos, pues son los que más se divierten a costa nuestra.

CAPITULO VII

UNA PERSONA MUY AMABLE

Bill Spencer iba sentado en la popa de una vieja lancha motora que había alquilado en el muelle. Cantaba feliz, pensando en la sorpresa que significaría para Joan ver el certificado matrimonial. El dueño de la embarcación, cuyo horizonte no era tan risueño considerando la lejanía de la isla Spencer, forzó unos puntos y quiso saber, malhumorado:

—Diga, pero ¿dónde está esa isla suya?

—Ahí cerca, a la vuelta—señaló Bill con la mano.

Bill repasó la lista de sus compras y se detuvo a saborear la prosa imprimida en el certificado de matrimonio. Porque él podía leer entre líneas su porvenir. Se puso en pie, encendió un cigarrillo y siguió con habilidad los balanceos

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

del barco hasta que lo hubo apurado.

—Oiga, ¿cuánto nos falta para para llegar a esa isla?—insistió el barquero.

—Está ahí a la vuelta. Llegamos en seguida—y como se sentía comunicativo, le confió—: Escuche, amigo, es increíble que las autoridades de Nueva York me hayan dado tanta felicidad por tres dólares.

—Cuando se case usted pagará el pato — le respondió el barquero vengativamente, cobrándose el malgasto de gasolina.

Pero Bill no le hizo caso. Estaba demasiado absorto. Tanto que no se percató de que una lujosa gasolinera se le adelantaba y que iba ocupada por Hinckley, el señor Butterfield, Flash y el representante del segundo. Aunque no por motivos de dispendio, el anciano manifestaba una impaciencia semejante a la del barquero:

—Oiga, ¿cuándo llegamos a ese sitio?

—Está ahí a la vuelta — aclaró Flash.

Por centésima vez, Spencer leía el certificado matrimonial, aprendiéndoselo de memoria. A la mitad de la lectura, advirtió a lo lejos la gasolinera del multimillonario y protestó:

—¿No saben esos que por el agua hay que ir de modo apacible, calmoso y enfrascado en románticos ensueños?

Pero el barquero, que no compartía esta opinión, objetó:

—¿Cuánto falta?

—Está ahí, a la vuelta.

—Me está usted diciendo lo mismo desde hace media hora.

—Para eso le pago la molestia, amigo mío—le apabulló Bill.

Su retraso le fué fatal. El señor Butterfield expuso a la sorprendida Joan la verdad de todo aquel asunto, abriéndole los ojos a la jugareta que Bill había tramado contra ella. La muchacha negábase a dar crédito a que un simple apetito de gloria hubiera animado a Bill a fingir aquel amor, tan verdadero a todas luces.

—No creo una palabra. Bill no es capaz de una cosa así—protestó, devolviéndole el periódico—. Bill no es capaz de hacer una cosa así, te digo.

—Joan, no tienes más que creerlo. Aquí lo tienes... con su nombre en letras de molde—exhibió el señor Butterfield.

—No es justo... No es posible.

No obstante, estaba dudando, si no convencida de que todo había sido una trampa. Quizá las cosas se hubieran arreglado de otra manera

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

si Bill no hubiera desembarcado en aquel momento y entrado en la cabaña, cantando a grito pelado, con un cajón lleno de latas de conserva.

Su inmediata reacción al ver tan poblada la cabaña, fué preguntar a Joan:

—¿Qué es esto, querida?

—Es mi abuelo este señor—respondió Joan, y le dió la espalda.

Bill avanzó hacia el anciano con una mano extendida:

—¿Cómo está usted, señor Butterfield? Supongo que Joan le habrá dicho ya...

El anciano simuló no ver su diestra y le entregó el periódico, tras de lo cual guió a Joan hacia la puerta. El cajón cayó al suelo y Bill los contempló como si estuviera loco.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Una broma?

—Eso era, sí... pero la broma se acabó. Vamos, abuelo — contestó

Joan, cogiéndose del brazo del anciano.

Bill les suplicó fervientemente que se le explicase el por qué de todo. Pero los auxiliares de Butterfield le miraron con desprecio y salieron en silencio. Ni la propia Joan volvió la cabeza, a pesar de que él la llamó repetidas veces.

Entonces, Bill entró hecho un huracán en la cabaña, abrió el armario y se sirvió un vaso de coñac. Aquellos presagios de tormenta animaron a Flash a capearla descargando la parte de responsabilidad que le correspondía.

—Oye, Bill. Espero que no me echas la culpa. Yo no he tenido nada que ver con el asunto. Lo único que he hecho...

—Cierra el pico—le mandó ásperamente su amigo.

Y se sirvió otro vaso de coñac, lo cual, proporcionándole lenitivo, no le auxiliaba en sus deseos de olvidar a Joan.

Peggy estaba con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la mesa, entregada a una meditación que debía ser estéril, porque su ceño se fruncía hasta lo inverosímil. El electricista encargado de la conservación de los anuncios luminosos, sacó la cabeza por la ventana y, al verla, inquirió:

—Señorita, ¿no habrá usted visto unas bombillas sueltas por ahí, verdad?

—¿Para qué iban a servirme sus bombillas? —replicó Peggy desabridamente.

—Es curioso. Siempre faltan las mismas.

Peggy le dio la espalda y prosiguió su meditación. Pennypepper abrió la puerta de comunicación, la besó y después sentóse, atisbando en todas direcciones extrañado.

—¿Con quién hablabas, cariño?

—¿Con ése! —señaló a la ventana, en donde ya no había nadie.

Penny, puesto que no descubrió a nadie, la preguntó por su salud y le ofreció darle un tratamiento de masaje, según él lo entendía. Algo desilusionado, aceptó la negativa de Peggy y entró de lleno en el asun-

to que era la cause de la pesadumbre de su novia.

—¿Viste a Joan?

—Sí... y no adelanté gran cosa. No acabo de comprenderla. Está enamorada de Bill y, sin embargo, cuando se me ocurre intentar hablar de él, me manda de pasco.

—Lo que a mí me ocurre con Bill—corroboró Penny—. Escucha todo lo que le digo y cuando he terminado me da las gracias y me dice que naranjas de la China.

—Son unos testarudos los dos, ¡un par de testarudos!—se enfureció Peggy—. Ella no cede y él es demasiado orgulloso.

Los novios cambiaron una mirada apurada, pues en sus corazones sencillos, desde el disgusto de la isla, no había otra intención que echar un remiendo a las relaciones de Joan y de Bill y continuar viviendo como antes.

—Sí, si consiguiéramos ponerles frente a frente—murmuró Penny.—¡Oh! Pero es inútil... imposible.

—Es testarudez, eso es lo que es. Si alguna vez hubiera un malentendido entre tú y yo, yo te dejaría explicarte.

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Y lo menos que yo haría sería escribirte una carta —aseguró generoso Penny.

—Mira, hasta es posible que te telefoncara yo.

—Yo te enviaría un telegrama, eso es lo que yo haría.

Peggy abrió los ojos como si

fuera a tragar con ellos a su novio.

—¿Telegrama? Tal vez sirva eso... Pero, Penny, si así estás hecho un genio —le alabó, besándole.

—¡Verás! Mandaremos a Joan un telegrama firmado con el nombre de Bill... y viceversa.

—Viceversa... ¡Definitivo ese viceversa! —aprobó el culto Penny.

Bill estaba lanzando unos naipes desde el sillón en cuyo brazo estaba sentado, al interior de su sombrero, con acierto menos que mediano, fumando un cigarrillo tras otro. Esperaba a Joan. Recogió unas cartas del suelo y volvió a sentarse. Entonces apareció la joven. Bill se levantó y se miraron con hostilidad y, en el fondo, muy turbados.

—¿Me has mandado llamar? —dijo Joan.

—No... ¿me has llamado tú a mí?

—No.

—Muy bien. ¿Y qué haces aquí? —investigó Bill.

—Pues que... recibí tu telegrama.

Joan abrió su bolso y le alargó un papel amarillo, que Bill simuló no ver, en tanto que la estudiaba

con alguna insolencia y con aire de pensar: "Tú no me tomarás el pelo". Y añadió con sumo desprecio:

—Yo no te he puesto ningún telegrama. Fuiste tú a mí.

—Ni que estuviese loca.

—Sí, no lo niegues. Si lo llevo encima —aseguró palpándose los bolsillos—, ¡Lo he perdido!

—¿Qué decía? —se le burló Joan.

—Pues decía: "Querido Bill. Esperame en la cabaña. Abrazos..." Así de dulzón, poco más o menos.

—¿Cómo están ustedes?

Este saludo les hizo mirar rápidamente hacia la puerta. En este lugar estaba un pastor muy joven, con cara de buena persona, que los observaba afablemente y un poco nervioso. Los dos jóvenes se atragantaron al contestar. El pastor creyó oportuno explicar:

SE HA PERDIDO UNA MILLONARIA

—Pasaba por aquí y me he permitido entrar para darles la bienvenida. Parecen ustedes una pareja muy feliz.

—No somos pareja—repuso Bill.

—Ya puede asegurarlo.

—Y firmarlo y rubricarlo.

Después de esta obstinada pugnacidad, el pastor giró sobre sus talones y desapareció. Los dos jóvenes se encararon acusadores, porque ambos habían tenido la misma idea.

—¿Le mandaste llamar? — dijo Joan.

—¿Yo? No, rica... ¿Y tú?

—¿Ni soñarlo!.. Bueno. Tú no le mandaste venir; yo no le mandé venir. Tú no me llamaste a mí, y yo no te llamé a ti... Bien, será mejor que me vaya. ¡Digo yo!

Spencer estuvo a punto de suplicarle que no lo hiciera, porque tenía tantas ganas de ello como la misma Joan. No tuvo que humillarse; en la puerta reapareció el bondadoso e ingenuo pastor que tanto les intrigaba y tartamudeó:

—Ustedes perdonen... me olvidé de decirles que en toda esta parroquia yo me cuido de los bautizos, entierros y... todos... y ¡bodas! Si

alguna vez me necesitan, no tienen más que avisar.

Joan y Bill vacilaron visiblemente antes de darle una negativa. El pastor se marchó caminando a pasitos cortos y dejándoles junto a la puerta. Bill creyó llegado el instante de hacer desaparecer las nubes que envolvían su amor.

—Parece una... una... una persona muy amable, ¿verdad?—opinó.

—Sí, encantadora.

—Y es curioso que haya pasado por aquí en momentos tan críticos.

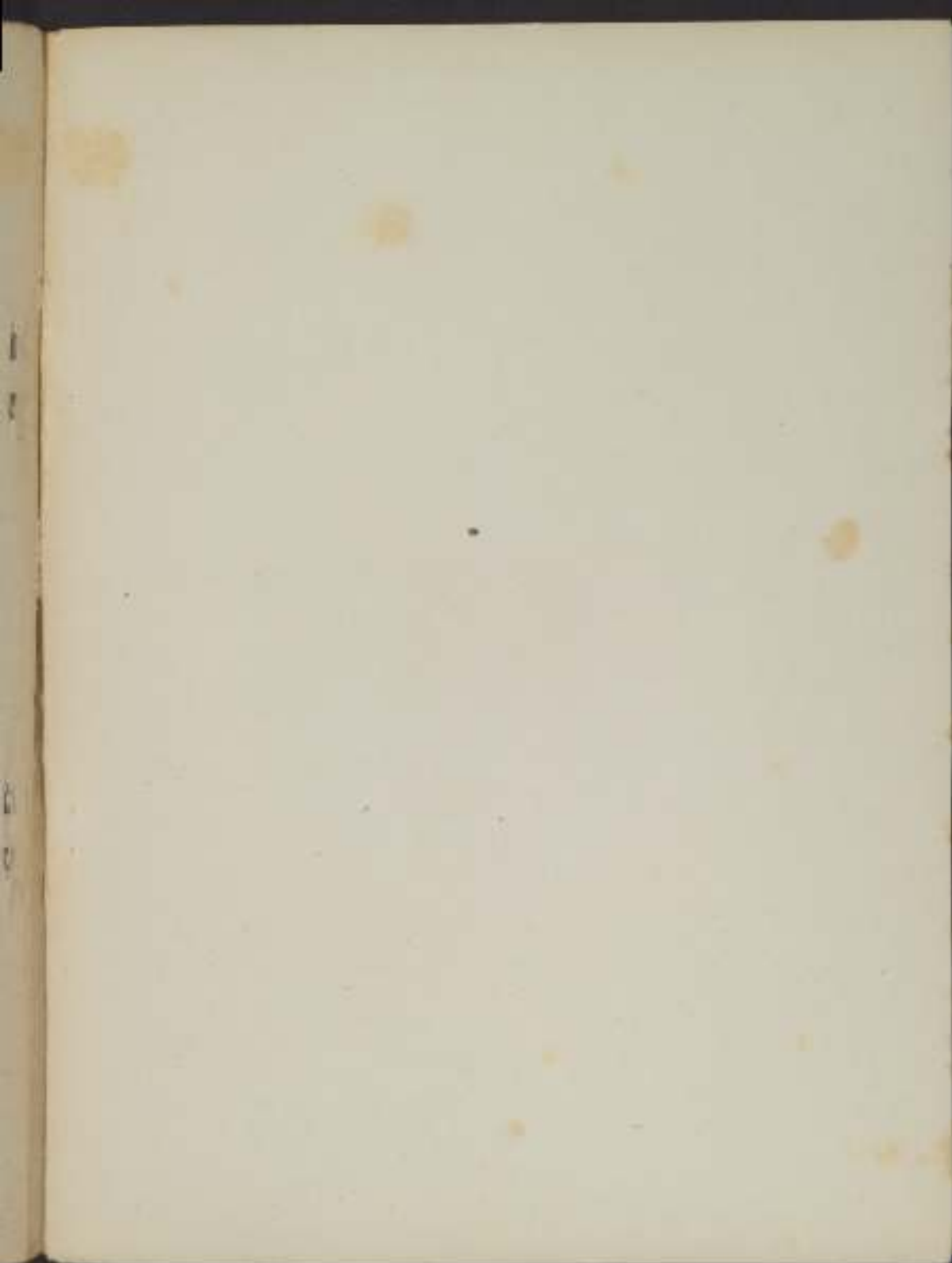
Joan se le acercó y su acento era muy dulce al suplicarle:

—¿Qué quieres decir? ¿Me haces el favor de explicarte?

El pastor no se había marchado, estaba cometiendo la imperdonable falta de mirar por la ventana. Súbitamente detonó un trueno prolongado. ¡Y el pastor sacó un librito del bolsillo y se encaminó hacia la entrada de la cabaña!

Sin embargo, se detuvo en el umbral y saludó a las dunas. No estaba loco. En ellas se destacaban las caras de Peggy y de Penny, que juntaron los dedos índice y pulgar, en señal de que todo había acabado a la perfección.

FIN





Cabreria T. G. J. SOLER
Presidencia, 40 - Barcelona